

PUBLICACIONES DE LA SECRETARIA GENERAL DE LA DECIMA CONFERENCIA INTERAMERICANA

Colección HISTORIA

No. 4

Una Misión Diplomática Venezolana ante Napoleón en 1813

CARACAS - 1953

**UNA MISION DIPLOMATICA VENEZOLANA
ANTE NAPOLEON EN 1813**

PUBLICACIONES DE LA SECRETARIA GENERAL DE LA DECIMA CONFERENCIA INTERAMERICANA
Colección HISTORIA

Publicada:

El Colombiano de Francisco de Miranda. Reproducción del periódico de Miranda, publicado en Londres en 1810 (abril a junio). Prólogo del Dr. C. Parra Pérez.

Dr. Narciso Esparragosa y Gallardo, Varón Ilustre de Venezuela, estudio inédito del Profesor John Tate Lanning. Analiza la personalidad del Dr. Esparragosa, quien tuvo notable actuación en Centro América.

América y El Libertador. (Textos de Bolívar). Selección de escritos de El Libertador relativos a la idea americana. Prólogo del Dr. Cristóbal L. Mendoza.

Una misión diplomática venezolana ante Napoleón en 1813. Estudio del Dr. C. Parra Pérez.

Bosquejo de la Revolución en la América española, por Manuel Palacio Fajardo. Prólogo de Enrique Bernardo Núñez.

En Prensa:

Bolívar y su Epoca. Cartas y documentos dirigidos al Libertador. Prólogo del Dr. Vicente Lecuna.

Manuel García de Sena y la Independencia de Hispanoamérica, por Pedro Grases y Alberto Harkness.

Los Escritos de Roscio. Prólogo de Augusto Mijares.

En preparación:

Venezuela, por Edward Eastwick. (Primera traducción al español).

"Cosmópolis" Aventura y cifra de una generación venezolana. (Ensayo Crítico - Bibliográfico).

Repertorio histórico de las ideas interamericanas. Colección de los textos y estudios que permitan conocer en todo su desarrollo las ideas de relación interamericana.

465
haya recibido la menor noticia que me indi-
case la marcha que debia seguir. El
arresto que he sufrido en Paris me ha
decidido a fijar mi residencia en Londres
mientras que permanezca en Europa; pero
mis sentimientos hacia mi pais son in-
variables, y su independencia es el primer
deseo de mi corazon. Feliz ya si mis fu-
erzas pudiesen contribuir a su con-
servacion, y si mis acciones me hubiesen con-
vertido en un digno de la confianza de ese
Gobierno.

Dios guarde a V. S. muchos
años. Londres 7.º de febrero de 1815.

M. Palacio
(B)

Facsimil de la última página del Informe de Manuel Palacio Fajardo para el Presidente del Estado de Cartagena, de 7 de febrero de 1815. Está fechado en Londres y escrito de puño y letra de Andrés Bello todo el texto del comunicado, sólo la firma es autógrafa de Palacio Fajardo. El original se conserva en el Archivo de la Casa Natal del Libertador.

PUBLICACIONES DE LA SECRETARIA GENERAL DE LA DECIMA CONFERENCIA INTERAMERICANA

Colección HISTORIA

No. 1

Una Misión Diplomática Venezolana ante Napoleón en 1813

POR EL DR.
C. PARRA PEREZ

—

CARACAS - 1953

Palabras de Introducción

Manuel Palacio Fajardo es uno de los personajes más considerables del grupo de políticos que llevaron a Venezuela a declarar su independencia de la Madre Patria, y dedicaron a esa causa su enérgica y esclarecida inteligencia. Como la mayor parte de sus compañeros y colegas, espera aún un biógrafo efectivo; y ojalá el presente relato pueda contribuir a que algún especialista describa lo que fué en la vida nacional la acción de aquel prócer verdaderamente ilustre.

Queremos sólo aquí aclarar un punto de la historia diplomática de los Estados de Venezuela y de Nueva Granada, sobre el cual faltan sin duda las precisiones deseables. Se trata de las diligencias hechas ante el gobierno de Napoleón, en 1813, por Palacio Fajardo y Luis Delpech, a fin de obtener que se auxiliara a los patriotas hispano-americanos, en especial a los venezolanos y cartageneros.

Perteneció Palacio a una de aquellas familias de optimates a que se da el venezolanísimo e insustituible nombre de mantuanas, aplicable no solamente a los nobles de Caracas sino también a los de otras de nuestras villas y ciudades. Nació en El Mijagual, allá en el fondo de la provincia de Barinas. Estudió primero en la salmantina Mérida, en el Seminario de San Buenaventura convertido ya casi en universidad, y concedióle luego la Universidad de Santa Fe tres doctorados, en ambos derechos y en medicina. Su brillante carrera escolar y las

pruebas que, en consecuencia, pudo dar de ciencia y de cultura general son ejemplo de la posibilidad de instruirse y educarse que tenían los jóvenes criollos, al menos los de clase alta o acomodada.

Al constituirse en Caracas la Junta de abril de 1810, Palacio que residía en Bogotá regresó a Venezuela, y fué luego electo diputado por su distrito de Mijagual al Congreso Federal.

En el Congreso, Palacio Fajardo cuenta entre los partidarios más decididos de la independencia absoluta del país. Como Miranda, Briceño de Mérida y muchos otros próceres, el llanero refuta los varios argumentos que se oponen a la Declaración. "Venezuela --dice-- es libre y va a ser independiente. Aprovechese enhorabuena la Inglaterra de esta declaratoria para romper con Venezuela; empeñe la España sus pactos para mover contra nosotros sus aliados, o produzca un esfuerzo de entre su impotencia: ¡desconozcamos todas las potencias del universo! Venezuela se basta a si misma, Venezuela triunfará de cuantos se opongan a su felicidad. Roma, antes de formar un vasto imperio, era una aldea; la Gran Bretaña, antes de dominar los mares, una débil isla. Todo cede al impulso de la libertad, y las fuerzas del hombre libre sólo son comparables a su dignidad. Un terreno dilatado y feraz, poblado de hombres ilustrados y fuertes, es bien acreedor de elevarse al rango de nación. Yo me opondría a los votos del pueblo y a los intereses de Venezuela si no me explicara de este modo, cuando en mis oídos suena continuamente esta voz: Venezuela será habitada por hombres libres o el sepulcro funesto de sus actuales moradores; Venezuela será un pueblo independiente o dejará de existir entre los pueblos de la tierra. A nombre, pues, del Mijagual cuyo departamento represento y atendiendo a los clamores de la voluntad general, pido se haga en este día la declaración de nuestra absoluta emancipación de la España y de todo poder extranjero". Era el 5 de julio de 1811.

Caída la Primera República de Venezuela, Palacio marchó a Nueva Granada en las circunstancias y con el fin que vamos a exponer.

I

La Doble Misión

En el informe que, con fecha 7 de febrero de 1815, envió Palacio desde Londres al presidente del Estado de Cartagena y al cual nos referiremos extensamente, hay una frase que con toda probabilidad originó la versión formalizada por Mancini de haber "Maríño y Bermúdez" confiado una misión diplomática al francés Luis Delpech, cuñado de los Montillas y devoto amigo de Miranda. Dicha frase es la siguiente: "M. Delpech se hallaba a la sazón en aquella capital (París, marzo de 1813) con el mismo objeto que yo, es decir, recomendado al gobierno francés por el mismo embajador Sérurier, para solicitar su auxilio en favor de los patriotas de Güiría". Según Mancini, Delpech había recibido entonces encargo de los próceres orientales para buscar armas en el extranjero, y una vez en París puéstose en relación con el ilustre venezolano Palacio, delegado de Cartagena; y ambos unieron sus esfuerzos ante Maret, duque de Bassano y ministro de Relaciones Exteriores de Napoleón, con el fin de interesar al gobierno imperial en la causa de la independencia de las colonias españolas. Otros historiadores, como Gil Fortoul en Venezuela y Zubietta en Colombia, han acogido y aun ampliado la versión de Mancini. "El 13 de marzo --dice el primero de éstos-- llega (Palacio Fajardo) a París, donde se encuentra con Luis Delpech que, recomendado por el mismo Sérurier, estaba solicitando auxilio en favor de los revolucionarios venezolanos". Y, en nota, al pie de la pá-

gina, precisa: "Delpech fué enviado al extranjero por los patriotas que desde Trinidad se preparaban a invadir la costa de Güiría: Mariño, Bermúdez, Piar, Sucre".

Tratemos de dilucidar todo este asunto, con ayuda de fechas y de documentos ciertos, advirtiendo desde luego que los historiadores parecen haberse impresionado por el importante papel que Bermúdez representó poco después en las campañas de la Segunda República y en Cartagena, hasta el punto de atribuirle gratuitamente uno que no tuvo en Trinidad antes de Chacachacare. En cuanto a Sucre, hemos demostrado que no se hallaba por entonces en la isla y observado, además, que su corta edad de diez y siete años habría hecho improbable que figurase entre los directores efectivos de la política militar y diplomática de los insurgentes. La expedición de los Cuarenta y Cinco y la diplomacia de la revolución oriental fueron obra personal de Mariño, con la ayuda decisiva de Bideau, mulato francés de las islas y de Manuel Valdés. Tal aparece de los papeles traducidos por nosotros de los archivos ingleses y que establecen definitivamente la parte que a cada cual corresponde en aquella epopeya.

Hemos efectuado búsquedas en los Archivos Nacionales franceses y en los del Ministerio francés de Negocios Extranjeros, con la fortuna de hallar papeles suficientes para fijar de una vez por todas las circunstancias de la llegada de Palacio Fajardo a Francia y su acción conjunta con Delpech. La mayor parte de dichos papeles son inéditos, otros corroboran o completan algunos conocidos y todos permiten presentar la reseña de sucesos que componen un capítulo muy importante de la diplomacia venezolana y neo-granadina.

El cañamazo o hilo conductor natural de nuestra narración será el informe del propio Palacio Fajardo, que citamos al principio y que se lee en la colección de O'Leary. Lo utilizamos ampliamente, como necesario lazo de los demás documentos. Pero en cuanto a éstos nos atenderemos a los textos copiados en los archivos y a nuestra traducción personal de ellos.

También mencionaremos cuando haya lugar la notabilísima publicación hecha por Palacio Fajardo en 1817, en inglés, valiéndonos de la versión francesa aparecida el mismo año con el título de *Esquisse de la Révolution de l'Amérique Espagnole*. Esta obra debería traducirse al español o, si ya lo ha sido, reeditársela a fin de que se la conozca y aprecie como merece *. La crítica no podría dejar de serle, en resumidas cuentas, altamente favorable. En esta ocasión nos limitaremos por fuerza a breves citas de ella y sólo en cuanto diga relación directa con el tema que nos ocupa. Recordemos, no obstante y por lo que pueda ser útil a los estudiosos, que entre sus fuentes Palacio Fajardo cita "la exposición presentada al Príncipe Regente de Inglaterra por Mr. Walton y el informe español por don J. M. Blanco White". La bibliografía de este último es extensa y conocida en su mayor parte. La lista que le concierne en la biblioteca del Museo Británico es considerable. A quienes interesa la vida del personaje, que no faltan, señalamos como curioso ejemplar de su *Poor Man's Preservative against Popery*, que él dedicó al poeta y filósofo Coleridge y que éste anotó de su puño y letra. De William Walton saben las gentes mucho menos. Su exposición sobre las *Dissentions of Spanish America*, a que alude Palacio Fajardo, forma un libro de cerca de quinientas páginas, dirigido al Príncipe Regente. El ejemplar del Museo Británico lleva dedicatoria al duque de Sussex, sexto hijo de Jorge III, notorio por la elocuencia con que hablaba por la oposición en la Cámara de los Lores. Walton quería contribuir con su libro al buen éxito de la mediación inglesa, proyectada desde 1811 y destinada "a poner fin a una guerra civil destructora y a establecer paz y prosperidad permanentes, sobre bases compatibles con la dignidad de España y los intereses del mundo". Algunos de los documentos que figuran como anejos en esa obra interesan a la historia de Venezuela, por ejemplo, cierta correspondencia entre Bolívar y el general Hodgson, gobernador de Curazao, y las *Remarks on the Disasters of*

* Ha sido incluida en esta colección "Historia" de las ediciones de la Secretaría General de la Décima Conferencia Interamericana. (N. del E.)

the Provinces of Caracas, by an English Gentleman, an Eye-witness. Se sabe que durante los años siguientes Walton cooperó eficazmente con López Méndez para el envío de auxilios a los patriotas.

Las piezas concernientes particularmente a Delpech, apenas entrevistas por algún otro aficionado a trastear papeles viejos, no son las menos curiosas de nuestra cosecha por cuanto proyectan luz sobre el carácter y actos de aquel personaje un tanto ambiguo que, por una u otra razón pero en muchas circunstancias, ayudó o trató de ayudar a la causa de la Independencia. Sin embargo, nos parece preferible reservar para un estudio separado esos documentos que revelan los continuos líos de Delpech con la policía francesa, a partir de 1815. Con referencia exclusiva a su misión, que va a ocuparnos, demos desde luego aquí como en todas partes a César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios.

En realidad, debióse aquélla a iniciativa y decisión de Miranda quien, en carta a Blanco White de 29 de mayo de 1812, confiada al mismo Delpech, decía que éste tenía instrucciones de reclutar voluntarios y de comprar armas en Inglaterra. El francés debía salir en compañía de Molini, secretario del dictador, y quien llevaba correspondencia para Castlereagh y Richard Wellesley. En documento que citaremos adelante, se indica a la misión origen aun más lejano, pues dicese haber sido conferida a Delpech por el "gobierno de Caracas a fines de 1811".

Es posible pero no está probado en modo alguno que en sus andanzas antillanas el enviado mirandino haya, después de la capitulación, es decir, en el último trimestre de 1812, tocado en Trinidad donde Mariño preparaba su expedición, y que se haya relacionado con éste y algún otro refugiado venezolano. De todos modos, no es extraordinario que Delpech, representante de autoridades venezolanas, se dijera en los Estados Unidos y en Europa agente de los patriotas orientales que desde enero de 1813 habían fundado un "gobierno" en Güiría y se proclamaban restauradores y sucesores de la República que él había servido y de cuyo mandato se prevalía. Bo-

lívar no pasó el río Táchira sino en mayo, y tomó a Caracas en agosto.

De las Antillas el francés fué a Washington, probablemente antes de saber el desembarco de Mariño en Güiria, y conversó con Sérurier. El 27 de febrero de 1813 está en Londres y firma el informe sobre la caída de la Primera República, que Molini presentó al gobierno inglés por órgano de Richard Wellesley y que publicamos por vez primera hace algunos años. Molini dijo entonces: "Tal vez no es inútil observar que el autor de esta narración es un francés establecido en Caracas hace algunos años, que se casó en una familia respetable y de grande influencia en ese país, que se contaba entre los mayores opositores políticos al general Miranda". En efecto, los Montilla no se señalaron precisamente por su adhesión al Precursor y observaron hacia éste la misma conducta que la mayor parte de los nobles caraqueños.

De Londres Delpech vino a París y aquí encontró a Palacio Fajardo quien, (por coincidencia, había llegado a Burdeos aquel mismo 27 de febrero, en el navio norteamericano que los documentos franceses llaman *Les Ordres du Conseil*, y traía un encargo diplomático dándole en octubre anterior por el gobierno del Estado de Cartagena.

II

El Mandato de Cartagena

Palacio Fajardo relata el viaje que emprendió a Nueva Granada, por abril de 1812, durante la invasión de Monteverde y desde Barinas donde se hallaba ya en los momentos del terremoto de marzo. Aniquilado como será el gobierno de Venezuela y reconquistado su territorio por los realistas, gran número de "las personas más respetables" de Barinas huirá hacia Pore de Casanare. Pero antes de esta final desbandada marchó allí Palacio, no guiado por la exclusiva idea de ponerse a salvo, sino porque quería "aventurar el plan de un proyecto que el Poder Ejecutivo de Venezuela había concebido y que el temor de un Genio Conquistador le impidió realizar", es decir, que se proponía solicitar la ayuda francesa, para la causa de nuestra independencia. Palacio Fajardo estaba convencido de que "la egida de Napoleón podría guarecer la Confederación", y compartía a este respecto la manera de ver de quienes, con Miranda, habían iniciado un acercamiento a Francia, si no precisamente contra Inglaterra al menos sin ésta, como último y decisivo recurso de la República. El razonamiento que le llevaba por su parte a tal conclusión era el siguiente: "En efecto, la independencia de la América estaba en la política de la Francia (no se olvide que se trata de la Francia imperial) como está en la de sus enemigos o la continuación de su esclavitud, o su nacimiento a un nuevo ser pero débil y precario. Los ingleses, sosteniendo la guerra de España al par que conocían el odio que se

prodigaba a Bonaparte en América, ¿podrían hacer otra cosa que declararse neutrales en nuestras diferencias? Sí: podían aún protegernos ocultamente, pues que su gobierno se embaraza tan poco de los pactos no expresados, y podían aún más: no velar con cien ojos la prohibición de extraer armas de sus puertos, y no apoderarse de aquéllas que otro país menos indiferente a los males de la humanidad (los Estados Unidos) permite exportar del suyo". Planteada así la situación, imponíase la conclusión: "Esta conducta, pues (de los ingleses) nos cerraba las puertas de una de las naciones que en aquella época se dividían el mundo, y la medida más obvia era el tocar a las de la otra, pues que se ha creído que los recursos solos de la América no bastan a obtener irrevocablemente su independencia". Palabras definitivas de una gran política, y admirables porque, como muchas otras que oímos de boca de los próceres venezolanos, revelan en aquellos hombres a quienes se podía creer aislados de su brava tierra, conocimiento perfecto del mundo exterior y de los móviles y corriente que seguían las potencias europeas.

Muy venelozano fué, pues, el plan diplomático de recurrir a Napoleón y llevólo bien establecido en su cabeza nuestro compatriota llanero cuando, por junio, fué a someterlo al general Antonio Nariño, presidente y, a partir de setiembre, dictador del Estado de Cundinamarca.

"Don Antonio Nariño, hombre tan extraordinario por sus desgracias—dice Palacio—como por su imperturbable serenidad de ánimo, oyó mis temores, mis proyectos, y yo podría añadir: mis pronósticos; pero no adoptó mis opiniones. El estado fluctuante de su autoridad absorbía por entonces su previsión. Tuve además el dolor de entender que Santa Fe de Bogotá, en donde la profesión de mis principios me expuso un día a ser víctima de su anterior régimen, me sospechase mensajero furtivo de un General que ha sido organizado para un siglo más ideal que el nuestro y de cuyas miras nunca fui confidente". Alusión clarísima a Miranda esta úl-

tima y a los celos que en Nariño suscitaba el hombre con quien cooperará en Europa, trece o catorce años antes, para la obra de la independencia americana.

Rechazado en Santa Fe, fuese Palacio a Cartagena, cuyo Estado presidía Manuel Rodríguez Tórices y a éste sometió su plan que, “animado por el persuasivo lenguaje” de José María Salazar, aceptó el gobierno. El informe continúa: “El proyecto de una misión a Francia fué allí recomendado: 1º Por las palabras de su Emperador en su discurso al Senado, concluida la guerra de Austria, en que promete reconocer la independencia de México y del Perú. 2º Por las órdenes que el embajador francés en Washington tenía de auxiliar la independencia de las colonias españolas, las cuales habían sido comunicadas al gobierno de Caracas. 3º Por la guerra de la Francia con la España, la frialdad con que el gobierno inglés había recibido a los diversos enviados de América, la neutralidad declarada, y las predisposiciones hostiles de los gobernadores de las Antillas. 4º Por la ocupación de Caracas por los realistas. 5º Por la invasión de la provincia de Cartagena por los samarios. 6º Por el estado de discordia civil entre Cundinamarca y el Congreso”.

Palacio Fajardo recibió entonces la misión de pedir auxilios al gobierno de los Estados Unidos y, en caso de no obtener buen resultado, de solicitarlos del gobierno francés por órgano del embajador en Washington. “Ni el presidente de Cartagena ni yo—explica—creímos que llegaría (la misión) hasta él (el emperador) sino por medio de su embajador que suponíamos, no sin razón, con los medios de satisfacernos”. Los historiadores Mancini, Gil Fortoul, Zubieta y Urrutia dicen que Rodríguez Tórices confió a Palacio la misión diplomática de acuerdo con Bolívar, y el último de aquéllos agrega que el futuro Libertador “ofreció y consiguió” hacer ratificar las credenciales por el Congreso de Nueva Granada. No tenemos fundamento que nos permita discutir la participación de Bolívar en este asunto tal como lo dice Urrutia, es decir, en forma de gestiones ante el Congreso granadino para ratificación de las credenciales. Pero en

cuanto a que el Libertador haya participado en su otorgamiento y en la decisión de Rodríguez Tórices, juzgamos inexacta la versión de los historiadores. En efecto, para la fecha de dichas credenciales, aquél no había llegado aún a Cartagena, como lo demuestra, entre otros hechos, su carta de Curazao a Juancho Ribas que lleva fecha 8 de octubre. Bolívar y otros oficiales venezolanos, entre ellos Miguel y Fernando Carabaño, así como el francés Chátillon y el español Cortés Campomanes, llegaron a la ciudad a tiempo para tomar parte en los sucesos civiles y militares de la segunda quincena de dicho mes. Todos aquellos oficiales—dice Restrepo—“reanimaron el espíritu público y dieron nuevo aliento al gobierno, que se confió a su valor, talentos y patriotismo”. Palacio Fajardo dice por su lado: “El ejército, disciplinado por oficiales emigrados de Caracas y dividido en dos cuerpos, fué puesto bajo las órdenes del español don M. Cortés Campomanes y del oficial francés Labatut”. Es sabido que Bolívar fué destinado un poco más tarde a mandar la posición de Barrancas, en el segundo de dichos cuerpos. Chátillon, encargado de atacar a Santa Marta, fué batido, hecho prisionero y fusilado.

El primer documento, que nosotros conozcamos, firmado por el Libertador en Cartagena está fechado el 2 de noviembre. Palacio Fajardo nombrará a aquél en su informe; pero hay que tomar en cuenta que para 1815, año del escrito, la personalidad y la influencia de Bolívar habrían crecido extraordinariamente y era entonces muy natural que su compatriota quisiera enterarle del resultado de su misión. En nuestro concepto, tal referencia no prueba cosa alguna de las sucedidas dos años antes.

III

Los Estados Unidos se abstienen

Veamos ya los papeles franceses, comenzando por dar las credenciales del enviado, según su copia subrepticia hecha por la policía de Burdeos y cuya ortografía y puntuación corregimos, porque es probable que los errores que tiene se debieron a mediano conocimiento de la lengua española o a apresuramiento del copista francés.

“El ciudadano Manuel Rodríguez Tórices, Presidente Gobernador del Estado de Cartagena de Indias: Por cuanto es del mayor interés para la seguridad de este Estado y para consolidar el sistema de libertad e independencia que defiende con las armas, estrechar sus relaciones políticas con las naciones extranjeras que se manifiesten propensas a favorecer nuestra emancipación: Por tanto: he venido en elegir y nombrar, como por el presente elijo y nombro, al ciudadano Manuel Palacio para que en calidad de Agente de Negocios siga a tratar con Su Majestad el Emperador de los Franceses, y en caso de no poder dirigirse con la mayor brevedad a Francia lo haga por su Ministro en los Estados Unidos de América, con arreglo a las instrucciones que se le han conferido al efecto, significando los vivos deseos e interés de Cartagena de convenir en pactos que sean mutuamente ventajosos y contribuyan a afianzar su independencia. Dadas en el Palacio del Poder Ejecutivo del Estado de Cartagena de Indias, firmadas de mi mano y refrendadas por el Secretario provisional de Relaciones Exteriores por

impedimento del propietario, a cinco de octubre de mil ochocientos y doce, segundo de nuestra Independencia. *Manuel Rodríguez Tórices*, Presidente Gobernador del Estado. — *José María Salazar*, Secretario de Relaciones Exteriores”.

El comisionado de Cartagena partió de esta ciudad en la goleta *Carolina* el 29 de octubre y llegó a Baltimore el 5 de diciembre, “después de una navegación penosa en que dos veces hemos estado a pique de naufragar, y que durante diez días nos han faltado casi todas las provisiones”.

El presidente Madison, el secretario de Estado Monroe y el subsecretario Graham recibieron en Washington a Palacio Fajardo, quien les expuso los peligros de reconquista total que amenazaban a Nueva Granada, a consecuencia de la caída de la república venezolana, enumerando los auxilios que habían menester aquellos habitantes decididos sin embargo “a defender la independencia a toda costa”. Zubieta inserta en su obra la correspondencia cruzada entonces entre el comisionado y el secretario de Estado. Muy fuerte era en Washington—escribirá luego el propio Palacio Fajardo—la impresión causada por “las victorias del general Monteverde”; tres pasajeros franceses llegados recientemente de Cartagena daban informes desfavorables de los independientes y de la situación en general; Monroe no había oído jamás hablar de lo que fuese Nueva Granada e ignoraba particularmente que allí hubiese habido un congreso y que los granadinos fuesen “ilustrados”: en consecuencia, las palabras de Palacio Fajardo no convencieron ni sedujeron a nadie. Sobre todo, la política del secretario de Estado era de neutralidad en el conflicto entre España y sus provincias ultramarinas y por tal razón dió a aquél una “respuesta glacial que algún día podrá servir de regla para nuestras relaciones con aquella potencia”, es decir, con los Estados Unidos, como agrega el comisionado, herido y rencoroso. Traduzcamos dicha nota de su original en inglés que figura en nuestro expediente: “Departamento de Estado. Washington: 29 de diciembre de 1812.—Señor: Hallándose los Estados Unidos en paz con España, no pueden

dar ningún paso relativo a la disputa entre diferentes secciones de la monarquía española que fuere de tal naturaleza que comprometiera su neutralidad. Al propio tiempo, es oportuno observar que como habitantes del mismo hemisferio, el gobierno y el pueblo de los Estados Unidos toman vivo interés por la prosperidad y bienestar de sus vecinos de Sur América y se alegrarán de todo suceso que tienda a promover su felicidad. Tengo a honra ser con gran respeto, Señor, su más obediente servidor. *J. Monroe.* — Señor M. Palacio”.

Palacio Fajardo, en su *Esquisse*, comentó su mal éxito con las siguientes frases: “Se volvió directamente a M. Madison, por entonces presidente de los Estados Unidos de América, le dió a conocer el peligro que amenazaba a Nueva Granada y a Venezuela, y le hizo observar que los hispano-americanos, abandonados a si mismos, eran incapaces de resistir a España. El presidente respondió: “que los Estados Unidos de América, estaban si no en alianza por lo menos en paz con España, (y) no podían en consecuencia ayudar a los independientes; pero que, sin embargo, como habitantes del mismo continente, deseaban sinceramente que tuviesen buen éxito en su empresa”.

IV

Llegada a Francia

Volvióse entonces Palacio a Sérurier, ministro de Francia y entabló conversaciones con él, asesorado por otro venezolano ilustre: Pedro Gual. Por error se ha confundido a éste con Manuel Gual, co-autor con José María España de la conspiración de 1797 y muerto en Trinidad hacía varios años. Palacio mismo parece haber incurrido en la confusión, a menos que ésta haya sido obra del copista de su informe. Recuérdese, entre paréntesis, que Miranda había decidido, en los últimos días de su dictadura, enviar a Pedro Gual en misión a los Estados Unidos.

A la iniciativa del comisionado de Cartagena respondió Sérurier, el 29 de diciembre, en los siguientes términos: "He recibido la carta con que usted me ha honrado para expresarme el deseo del señor Presidente del Estado independiente de Cartagena de tratar con Francia, y para anunciarme que ha recibido misión de venir a mí y de ir en seguida directamente a pedir a Su Majestad el Emperador el apoyo de que tiene necesidad vuestra república para sostenerse contra los numerosos y potentes enemigos que la rodean. Usted sabe, señor, que Francia fué siempre favorable a las libertades de América; que tuvo a gloria contribuir hace cuarenta años a la emancipación de los Estados del Norte; que Su Majestad Imperial está dispuesta a continuar esa grande obra en favor de las colonias de España, y tengo la satisfacción de poder anunciar a usted que encontra-

rá en Ella intenciones tan liberales a su respecto como pueda desearlo. Creo que las consideraciones que usted se hace no deben detenerle y que puede ir inmediatamente a París, en la confianza de ser perfectamente acogido y de que el gobierno francés se complacerá en entrar en los arreglos que pudieren facilitar su misión y hacérsela agradable. Me he entendido con el cónsul general de Su Majestad para todo lo concerniente a su pasaje y este asunto no sufrirá retardo ni dificultad”.

Palacio asegura que siguió a París por consejo del ministro francés y parece haber dado importancia a esta circunstancia puesto que encargó especialmente a Gual “de presentar al gobierno de Cartagena los fundamentos que me movieron a abrazar el dictamen del embajador Sérurier”. No sabemos que se haya publicado algún informe de Gual sobre este asunto y tal vez interesaría buscarlo en los archivos que queden del citado gobierno. En la *Esquisse* leemos: “Don M. Palacio Fajardo se dirigió entonces a M. Sérurier, embajador de Francia en los Estados Unidos, quien le recomendó fuertemente a su corte, invitándole a dirigirse a ella. D. P. Fajardo siguió este consejo y Bonaparte no engañó su esperanza”.

No contento Sérurier con dispensar tan amable acogida a Palacio Fajardo y recomendarle al cónsul, hizo que éste le otorgara un pasaporte ficticio bajo el nombre de Diego Oliber y como natural de Santo Domingo. Damos a continuación la traducción de este documento que, además de su interés general, ofrece el muy especial de indicar las facciones exactas de nuestro célebre compatriota:

“Imperio Francés. — Pasaporte. — Consulado General de Francia en los Estados Unidos. — N° 188. — Nos, Daniel Lescallier, barón del Imperio, uno de los comandantes de la Legión de Honor, Cónsul General de Su Majestad el Emperador de los Franceses, Rey de Italia, etc., etc., en los Estados Unidos de América:

“Rogamos a todos los oficiales civiles y militares encargados de mantener el orden en Francia y de hacer respetar el nombre francés en el extranjero, que dejen pasar libremente al señor Diego Oliber, nativo de la

ciudad de Santo Domingo en la isla de Santo Domingo, quien va a Europa y le den ayuda y protección en caso de necesidad.

“El presente pasaporte vale sólo por un mes, para salir de los Estados Unidos.

“Otorgado bajo atestación de dos personas notables.

“Dado en Nueva York con el sello de nuestro Consulado General y refrendado por nuestro canciller, el 23 de enero de 1813.

“El Cónsul General: *Lescallier*. Por el Señor Cónsul General: el Canciller: *Lombart*.—Firma del portador: *Diego Oliber*”.

Al margen las características aludidas “Señalamiento: Edad: 28 años. Tamaño: 1 metro 70 centímetros. Cabellos negros. Ojos castaños oscuros. Nariz aguileña. Boca: mediana. Barba negra. Mentón largo. Cara redonda. Tez morena.—Signos particulares...”

El comisario de policía de Burdeos, Pierre, dió cuenta el 2 de marzo al ministro de la Policía General del Imperio de las circunstancias de la llegada de Palacio Fajardo: “El navío americano *Les Ordres du Conseil* que ancló en el puerto de esta ciudad el 27 de febrero último, después de su cuarentena en Pauillac, tenía a bordo un pasajero provisto de un pasaporte que le fué otorgado en Nueva York, el 23 de enero último, bajo el N° 188 y con el nombre de Diego Oliber, por el Señor Cónsul General de Francia. Informado de que este pasajero pedía con insistencia bajar a tierra porque estaba, según decía, encargado de una misión importante, le autoricé a hacerlo anteayer domingo. Vino directamente a mi gabinete y me declaró que su nombre era Manuel Palacio, nativo de Mixagual, provincia de Varinas, gobierno de Caracas, y que estaba realmente encargado por el Estado de *Cartagena de Indias* de una misión ante Su Majestad el Emperador. A este efecto me exhibió: 1° Un despacho dirigido por el Ministro de Francia en los Estados Unidos a S. E. el duque de Bassano; 2° Su comisión en español; 3° una carta que le envió S. E. el mismo ministro (Sérurier) el 26 de diciembre último. Me observó que la comunicación oficial era tal vez urgente, y como decía

tener necesidad de algunos días de descanso, me pidió que la trasmitiese lo más pronto posible. En consecuencia, tengo a honra remitirla bajo este pliego a V. E., así como una copia de la comisión en español y de la carta escrita por S. E. el ministro de Francia en los Estados Unidos. Conseguí estas dos copias a escondidas del señor Palacio, persuadido como estoy de que V. E. las conocerá desde luego con satisfacción. No creí deber legalizarlas. —El señor Palacio trae además cuatro cartas particulares de recomendación: una para S.E. el duque de Bassano; una para el señor La Besnadière, Jefe de Servicio en el ministerio de Negocios Extranjeros; una para el señor Ablon, casa del señor L'Ecuyer, calle Mauconseil, claustro Saint-Jacques-l'Hôpital, N° 16, París; y la cuarta para el señor Prefecto de la Gironda. De las cuestiones verbales que le he planteado aparece que salió de Cartagena el 27 de octubre de 1812 en el navío americano *Caroline* y que llegó el 5 de diciembre siguiente a Baltimore, donde residió durante una quincena de días. Estuvo igualmente en Washington y vió varias veces a nuestro embajador; en fin, fué a Nueva York el 20 de enero y se embarcó allí el 29 en el buque que le ha traído a Burdeos”.

El comisario Pierre tenía instrucciones del ministro de la Policía para informarse con los viajeros provenientes de los Estados Unidos acerca de los franceses emigrados allí y probablemente de otras personas extranjeras que pudieran creerse enemigos del régimen imperial. De la lista que se le mostró Palacio Fajardo dijo haber visto sólo, en Baltimore, a cierto general Reubell a quien llevara una carta de recomendación de Mariano Montilla, “rico propietario de Caracas” y con el que tuvo “vagas conversaciones” en las cuales no se trató de la misión a Francia. Reubell aconsejó a Palacio que fuese a Washington a hablar con el presidente Madison.

Ignoramos dónde y cuándo conoció Montilla a Jean-Jacques Reubell, hijo del antiguo miembro del Directorio muerto en 1807. Figura bastante mediocre, aquel Reubell había entrado a servir en 1791 como subteniente a la edad de catorce años y alcanzado ascensos gracias a la influen-

cia paternal. Edecán primero del mariscal Lefèvre y luego de Jerónimo Bonaparte, ganó la amistad y confianza de éste sin duda por haberse casado con una prima de Elisa Paterson. Fué nombrado general de división del ejército de Westfalia y gobernador de Cassel, pero se le destituyó y privó de todos los cargos y honores, a causa de su incapacidad en la lucha contra el duque de Brunswick-Oels en 1809 y por haber permitido a sus soldados el pillaje más escandaloso. Embarcóse entonces para Baltimore y allí le descubrimos ahora entre los sospechosos de conspiración contra Napoleón. Estaba en lo cierto la policía imperial, pues Reubell fué nombrado bajo la Restauración mariscal de campo y condecorado con la cruz de San Luis. En retiro desde 1836, fuese a vivir en Antibes pobre y adeudado.

En cuanto al general Moreau, Palacio respondió al comisario Pierre que en Nueva York le habían dicho que vivía allí "como un filósofo". No guardó ya mucho tiempo tal actitud el vencedor en Hohenlinden, pues es sabido que regresó meses más tarde a Europa, para alistarse entre los coligados y morir de un balazo francés.

El ministro de la Policía transmitió los papeles al duque de Bassano, y mientras tanto Palacio pudo seguir a París, donde el 13 de marzo y según su propia expresión "corría ya en pos de estos negocios". Vióse con Delpach y ambos emprendieron su acción conjunta. No sabríamos precisar la fecha de la llegada del último a la capital francesa, pero fué ciertamente anterior en algunos días a la de Palacio.



V

La Política Imperial con Hispanoamérica

La política de Napoleón había evolucionado considerablemente en lo relativo a las provincias ultramarinas de España y según el desarrollo de los sucesos militares de la Península. Hay dos Españas: la de Fernando VII aliada de Inglaterra, y la de José Napoleón supeditada más y más por la soberana voluntad del emperador. En realidad, desde fines de 1808, cuando se vió obligado a ir personalmente a España, Napoleón comenzó a ver en José un estorbo para la ejecución de los nuevos proyectos que germinaban en su espíritu. Su proclama frente a Madrid decía: "Si todos mis esfuerzos (para librar al pueblo español de los "venenos" ingleses y darle una "monarquía moderada y constitucional") son inútiles, si no respondéis a mi confianza, no me quedará más remedio que trataros como provincias conquistadas. Pondré entonces sobre mi cabeza la corona de España y la haré respetar de los malvados, porque Dios me ha dado la fuerza y la voluntad necesarias para vencer todos los obstáculos". Pepe Botellas no viene siquiera con el estado mayor imperial: se le transporta en la impedimenta. Y muy luego, al responder a la diputación que va a entregarle la ciudad, Napoleón, apartando todo el aparato jurídico y político de Bayona, invoca el derecho de conquista, declara que lo cede a José y que "establece" a éste en Madrid. Que los habitantes juren ante los altares fidelidad "sin restricción jesuítica" y podrán contar con la amistad del emperador.

Pero el rey intruso ensaya tomar en serio su papel, se españoliza como se había holandizado Luis. Con destino a América parten agentes secretos, tal cierto Desmoland de quien Roederer hablaba a Napoleón y cuyas instrucciones insertó Palacio Fajardo en el libro que mencionamos atrás.

Por su lado el emperador, aparte de la contingencia estratégica, piensa de nuevo en su personal "derecho de conquista" y acaricia ideas de desmembración de la monarquía y de anexión pura y simple de algunas de sus regiones. En esas circunstancias la suerte de las provincias americanas cesa, para él, de estar ligada a la de la Península que le escapa por las armas o cuyo reparto eventual entra en sus cálculos. Por otra parte, la América latina es terreno propicio para luchar contra Inglaterra por medio de los Estados Unidos que por entonces guerrean con ésta. Así, la política hispano-americana del imperio francés busca su base y aplicación en un acuerdo con Washington y trata de explotar la rivalidad de las naciones anglo-sajonas. El rey José, usurpador del trono español, ve a su turno usurpadas sus funciones y prerrogativas por el terrible hermano que, sin consultarle, negocia por su cuenta con las colonias y aun se apresta a reconocerlas el derecho a la independencia.

El martes 12 de diciembre de 1809, el conde de Montalivet, ministro de lo Interior, describió ante el Cuerpo Legislativo presidido por Fontanes la situación del imperio francés. De su discurso traduzcamos, tomándolo del *Moniteur*, el párrafo que marca el cambio de la política napoleónica respecto a la América latina: "Las Españas y Portugal son teatro de una revolución furibunda: numerosos agentes de Inglaterra atizan y entretienen el incendio que han encendido allí. La fuerza, potencia y tranquila moderación del emperador les devolverá días de paz. Si España pierde sus colonias, será por haberlo querido. El emperador no se opondrá nunca a la independencia de las naciones continentales de América: esa independencia está en el orden necesario de los acontecimientos; está en la justicia, en el interés bien entendido de todas las potencias. Fué Francia quien estableció la

independencia de los Estados Unidos de la América septentrional; ella quien ha contribuido a acrecentarlas con varias provincias. Francia estará siempre dispuesta a defender su obra. Su potencia no depende del monopolio; no tiene interés contrario a la justicia: nada de lo que puede contribuir a la felicidad de América se opone a la prosperidad de Francia, que será siempre bastante rica cuando se la trate con igualdad por todas las naciones y en todos los mercados de Europa. Sea que los pueblos de México y del Perú quieran estar unidos a la metrópoli, sea que deseen elevarse a la altura de una noble independencia, Francia no se opondrá, a condición de que esos pueblos no contraigan lazo alguno con Inglaterra. Para su prosperidad y su comercio Francia no tiene necesidad de vejar a sus vecinos ni de imponerles leyes tiránicas". Aquella buena disposición imperial no pudo menos de ir aumentando, a medida que las peripecias de la guerra demostraban la imposibilidad de conquistar la Península y que la situación en el resto de Europa, cada vez más complicada, acentuaba la necesidad para Francia de renunciar a cualesquiera miras interesadas en América.

Sérurier comunicó en mayo de 1811 a Champagny duque de Cadore, ministro de Relaciones Exteriores, la llegada a los Estados Unidos de Telésforo de Orea y Juan Vicente Bolívar, diputados venezolanos. En setiembre siguiente Maret duque de Bassano, sucesor de Champagny, hizo saber a Russell, ministro norte-americano en París, que el gobierno imperial estaba resuelto a reconocer la independencia de Venezuela y de otras provincias de Hispano-América en cuanto éstas probasen voluntad y fuerza para mantenerla. Francia suministraría a los insurgentes armas y otros artículos, a condición de que no tuvieran relaciones con Inglaterra; e invitaba a los Estados Unidos a ayudar las nuevas repúblicas a establecerse. En extensa nota de 16 de setiembre, instruyóse a Sérurier de aquella nueva política. Francia—repetíase—que había ayudado a la independencia de los Estados Unidos, estaba dispuesta a proseguir una "obra gloriosa" en favor del resto de América y para provecho de "la

civilización, el comercio y la prosperidad de los pueblos". pueblos".

El duque de Bassano se hallaba, pues, al corriente, por Sérurier, de los sucesos de Caracas y de las conversaciones que con éste tuvieron los citados diputados venezolanos. Y fué en virtud de tales antecedentes que Sérurier pudo acoger las confidencias de Palacio Fajardo y también probablemente de Delpech.

El informe presentado por Maret al emperador el 18 de enero de 1812 señala y fija una vez por todas el criterio que sobre el vasto argumento había llegado a formarse el gobierno imperial, a principios de un año tan decisivo como el de la campaña de Rusia. Y el documento en cuestión es de la mayor importancia para la historia venezolana en particular, porque en aquella síntesis de la política hispano-americana de Napoleón y en el programa que para ella esboza su ministro hay un hecho dominante: el hecho de la independencia de Venezuela, proclamada seis meses antes. Hecho exclusivo, podría decirse, puesto que no se refiere, y apenas alude, a los otros movimientos que entonces agitaban al imperio español. Explicábase esto ciertamente por la circunstancia de haber sido la Capitanía de Venezuela no solamente la provincia americana de aquel imperio cuya junta autónoma enviara misiones diplomáticas al extranjero, sino también había, por medio de un congreso salido de elecciones populares, establecido el primer gobierno ibero-americano constitucional independiente de la metrópoli. Esta primacía indiscutible, esta situación única todavía, valía a nuestra República servir como piedra de toque para determinar la política napoleónica en el continente occidental. Por ello, para aclarar y fijar punto tan importante de la historia del país, vale la pena insertar íntegros ciertos documentos. He aquí la traducción exacta y completa del informe del duque de Bassano:

"Señor:

"Vuestra Majestad conoce hace largo tiempo los esfuerzos que hacen las Américas españolas para recobrar su independencia. El tiempo, el alejamiento y los des-



NAPOLÉON BONAPARTE.

*Prém. au signal, l'empereur, par le 1^{er} rég. de dragons, à la bataille de la Pyramide,
et le 1^{er} rég. de dragons, à la bataille de la Pyramide, le 1^{er} rég. de dragons, à la bataille de la Pyramide.*

contentos políticos habían ya relajado todos sus lazos con la metrópoli, cuando la guerra marítima vino también a interrumpir sus hábitos comerciales y cuando el cambio de dinastía en España se convirtió en las colonias de esta potencia en una nueva señal de fermentación. En medio de las diversas opiniones, que se declararon unas en favor de Fernando VII o de otro príncipe de su Casa, otras por la dinastía actual, se formó un partido más poderoso por el establecimiento de la independencia y este espíritu, extendido rápidamente a todas las partes de América, hizo sobre todo progreso en la Capitanía general de Santa Fe, y en la de Caracas y Venezuela donde se estableció un nuevo gobierno y fué proclamada la independencia.

“El primer cuidado de las nuevas autoridades fué, después de haber comprimido los partidos contrarios, buscar un apoyo en el exterior y hacerse reconocer por otras potencias. Hicieron, con este fin, diligencias ante el gobierno de los Estados Unidos; también las hicieron ante el ministro de Vuestra Majestad en Washington, a quien un diputado de Venezuela manifestó el deseo que tenía su gobierno de obtener la benevolencia de Vuestra Majestad y de enviar ante Ella una diputación tan pronto como pudiese convenirle recibirla.

“Desde los primeros momentos de fermentación de las Américas, Vuestra Majestad había previsto los resultados lejanos y en cierto modo inevitables; había previsto que esas colonias debiendo elevarse un día al rango de naciones sería ventajoso preparar con bastante anticipación relaciones con ellas, conciliarse temprano su afección, alentarlas con declaraciones benévolas y enseñarlas que Vuestra Majestad no pondrá ningún obstáculo a sus destinos.

“N. 1.—La exposición de la situación del Imperio leída ante el Cuerpo Legislativo el 12 de diciembre de 1809, anunció que Vuestra Majestad no se opondría jamás a la independencia de las naciones continentales de América, que esta independencia estaba en el orden necesario de los sucesos, dentro de la justicia y del interés bien entendido de todas las potencias.

"N. 2.—Habiendo los movimientos de América hecho nuevos progresos desde aquella época, Vuestra Majestad dió a conocer el 29 de diciembre de 1810 a su ministro en los Estados Unidos que vería con placer todo cuanto pudiera favorecer la independencia de la América española. En fin, Ella hizo expresar las mismas intenciones, pero de manera todavía más positiva, en una carta que yo dirigí a aquél el 16 de setiembre de 1811.

"N. 3.—Vuestra Majestad no se limitaba ya entonces a aprobar el principio de la independencia: se proponía ayudar a ponerlo en ejecución por envíos de armas y por todos los socorros que de Ella dependiesen, siempre que la independencia de aquellas colonias fuese pura y simple y que no contrajeran con los ingleses ningún lazo particular. M. Sérurier fué autorizado a abrirse sobre las intenciones de Vuestra Majestad, con la reserva necesaria, sin embargo, no solamente con el presidente de los Estados Unidos, sino también con los diputados de las colonias españolas; podía relacionarse con ellos, conocer sus puntos de vista, los socorros de que su país tendría necesidad, los arreglos políticos y comerciales que estarían dispuestos a concluir con las potencias que secundasen su independencia.

"Cuando la carta contentiva de estas instrucciones llegó a manos de M. Sérurier, éste había tenido una primera entrevista con el diputado de Caracas quien le había dado a entender que el nuevo Estado, si Vuestra Majestad se dignaba reconocer su independencia, estaría dispuesto a asegurar en sus puertos las ventajas y privilegios al comercio francés.

"N. 4.—No obstante, la carta que dirigió (el diputado de Caracas) el 11 de noviembre al ministro de Vuestra Majestad no contiene ninguna promesa de concesiones comerciales. Tiene por objeto comunicarle la declaración de independencia, pedir que se establezca una unión estrecha entre Francia y Venezuela y anunciar que aquel gobierno habría ya enviado una diputación ante Su Majestad si la guerra de España no le hubiese hecho diferir negociación tan importante.

“El ministro de Vuestra Majestad se limitó al principio a recibir las comunicaciones del diputado de Venezuela, sin responder a ellas de manera positiva; pero las instrucciones que le llegaron pocos días después le han permitido explicarse más abiertamente. Ha hablado con el presidente de los Estados Unidos sobre las intenciones de Vuestra Majestad y ha dejado entender al señor Madison que Francia, habiendo comenzado hace treinta años la emancipación de América, proseguiría esa obra gloriosa, pero que era necesario saber qué parte tomarían los Estados Unidos en una operación que tienen tan gran interés en favorecer.

“Tales insinuaciones no podían sino complacer al gobierno americano. El señor Presidente ha reconocido en ellas la política generosa y previsora de Vuestra Majestad; comparte sus disposiciones; está pronto a concertarse con Ella sobre los medios de hacer pasar socorros a esas colonias, y aquel gobierno piensa que se podría aprovechar el comercio americano para expedir allí armas y otros abastecimientos. Instrucciones análogas deben ser dirigidas al señor Barlow (ministro americano en París) con quien este punto podrá arreglarse cuando Vuestra Majestad quiera ejecutar sus proyectos y se determine mejor la naturaleza de los socorros necesarios.

“Aunque el gobierno americano no haya reconocido todavía de manera formal al nuevo Estado de Venezuela, por lo menos ha recibido muy favorablemente al diputado de aquellas Provincias; le ha advertido que los ministros del Congreso en Europa hacían diligencias para que otras potencias reconociesen su independencia; y, en fin, ha hecho expresar a Vuestra Majestad, por un acta del señor Barlow que se acompaña al presente informe, su complacencia al saber a Vuestra Majestad animada de las mismas disposiciones en favor de las Colonias Españolas de América y penetrada como él del deseo de verlas independientes.

“He pensado que antes de decidir sobre las comunicaciones del diputado de Venezuela y sobre la del ministro de los Estados Unidos, Vuestra Majestad desearía contemplar un instante la situación particular de este

nuevo Estado y las ventajas que pueden ofrecer a Francia sus relaciones de comercio. El nuevo Estado de Venezuela se extiende al norte de la América Meridional, desde las bocas del Orinoco hasta el Río de la Hacha. Comprende, en esta larga línea del litoral y avanzando al mediodía, hasta los límites de la Capitanía General de Santa Fe, las provincias de Caracas, Cumaná, Barcelona, Barinas, Margarita, Mérida y Trujillo. El suelo de estas provincias es fértil; sus principales productos son: cacao, tabaco, indigo. Se cultiva poco algodón; abundan el ganado vacuno, los caballos, los mulos; y todos estos artículos forman el fondo del comercio de exportación. La población del país no se conoce exactamente: podría evaluársela en un millón de habitantes, aproximadamente. Caracas es la ciudad principal y encierra veinticinco mil almas; y es por el puerto de La Guaira, situado a cuatro leguas de distancia, que mantiene sus relaciones comerciales. Hállase en toda aquella costa gran número de puertos y bahías, abordables en todas las estaciones, en los cuales no se está expuesto a las mismas corrientes que el golfo de México, lo que favorece igualmente los viajes de ida y vuelta. Las harinas faltan en Caracas. El país puede recibirlas, en tiempo de guerra marítima, de las provincias de Santa Fe y en otros tiempos las recibe de los Estados Unidos y Europa.

“Siempre se ha hecho un comercio de contrabando muy extenso con Caracas; y lo es todavía mayor desde que los ingleses son dueños de Trinidad que antes formaba parte de aquel gobierno. Esta situación, que les permite poseer un vasto depósito comercial a la entrada de las bocas del Orinoco y de establecer en tales parajes cruceros permanentes, podrá estorbar durante largo tiempo las relaciones comerciales de los demás Estados de Europa con el gobierno de Caracas y de Venezuela. Pero dichas relaciones podrían al principio seguirse por los Estados Unidos y entra en las intenciones de Vuestra Majestad favorecer la rivalidad comercial de éstos con Inglaterra, hasta que el establecimiento de la paz permita a Francia entrar ella misma en este reparto de operaciones y de beneficios.

“Vuestra Majestad puede desde ahora pensar en asegurarse los privilegios y ventajas del comercio en el nuevo Estado. Las diligencias practicadas por el diputado de aquel gobierno prueban cuánto desea el apoyo de Majestad no contiene ninguna promesa de concesiones coquerría poder obtenerlo. El poder de que goza Miranda en aquella parte de América, después de haber estado largo tiempo al servicio de Francia, da todavía mayor asidero sobre aquel gobierno y permite adquirir sobre su opinión una especie de influencia personal.

“Pienso que no debe reconocerse todavía al gobierno de Venezuela, pero Vuestra Majestad puede encargar a su ministro en América de acoger al diputado de aquel país y de manifestarle que la diputación que Venezuela podrá enviar ante Vuestra Majestad será recibida con benevolencia. Sería necesario que antes de su partida para Europa se le diesen plenos poderes. Entonces podrá negociarse con ella un tratado de amistad y de comercio, tratado en el cual se reconocería la independencia del nuevo Estado”.

VI

Conversaciones con Bassano

Las conversaciones de que hablaba Sérurier habían sido llevadas por el representante venezolano Orea y forman parte considerable de la historia diplomática de nuestra Primera República. Cuando, después del terremoto y la aparición de Monteverde, se dió a Miranda su falaz dictadura todo el esfuerzo diplomático pareció deber concentrarse en la obtención inmediata de hombres y armas en las Antillas vecinas y de allí, entre otras, la misión que en definitiva recibió Delpech. Miranda pensó en enviar sucesivamente a Madariaga y a Gual a los Estados Unidos y tales proyectos contrastan singularmente, sobre todo el concerniente a Gual, si se compaginan las fechas, con la decisión de capitular que tomó el generalísimo.

El venezolano Palacio Fajardo sirve ahora a los patriotas granadinos y el encuentro fortuito con Delpech le permite apoyar su propia misión en la que éste recibiera de las autoridades de la difunta República federal de Caracas. El 7 de abril de 1813 Palacio dirigió a Bassano una nota cuya traducción al español acompaña, en los archivos del ministerio de Negocios Extranjeros, a su texto francés, que confirma el verdadero origen de la misión Delpech y que dice textualmente: "Excelentísimo Señor Duque de Bassano: Hace quince meses que siendo yo miembro del Congreso de Caracas M. L. Delpech fué comisionado por el Poder Ejecutivo de aquellas provincias cerca del Gobierno francés, pero

su misión fué impedida pr. las intrigas de los Españoles Europeos, y el influjo de los Ingleses. Como nuestras misiones han tenido el mismo objeto yo me he reunido a él para solicitar el apoyo de S. M. Emperador y Rey. Tengo el honor de prevenir a V. E. que nosotros obra-remos de concierto y colectivamente en todo lo que juzguemos conveniente exponer a V. E. para el buen suceso de nuestras pretensiones". Esta nota reemplazó, por decirlo así, unas credenciales de que Delpech carecía y fué bastante para que el gobierno imperial aceptase a este último como delegado venezolano, al lado del de Cartagena.

Al propio tiempo Palacio y Delpech pidieron al duque una audiencia, que les fué concedida inmediatamente y en el curso de la cual se les pidió una noticia escrita sobre el estado de las provincias americanas. A nuestro parecer, el nuevo informe que Bassano se apresuró a someter al Emperador el 10 del mismo abril y cuya traducción damos a continuación, es copia pura y simple vertida al francés del papel que le remitieron Palacio y Delpech y que no se halla en el expediente. El estilo mismo de dicho informe no es la menor de las razones que nos llevan a pensarlo:

"Señor:

"El gobierno a Cartagena de Indias que defiende a mano armada su sistema de independencia, ha querido, para consolidarla, estrechar sus relaciones con las potencias que se mostraban dispuestas a favorecer su emancipación. Ha nombrado al señor Palacio en calidad de agente ante el gobierno francés, dándole plenos poderes para concluir un arreglo entre los dos países.

"El señor Delpech había recibido una misión análoga del gobierno de Caracas a fines de 1811. Acaba de llegar con el señor Palacio y ambos tratarán de acuerdo los asuntos que se les han confiado.

"La Capitanía de Caracas ocupa el litoral que se extiende entre las Bocas del Orinoco y el lago de Maracaibo. Esta provincia, ventajosamente situada para el comercio, no se ha limitado nunca al de las colonias con

la metrópoli: ha tenido relaciones habituales con los extranjeros elevándose progresivamente a prosperidad superior a la de todas las demás posesiones españolas. El crecimiento de sus fuerzas la determinó a hacer en varias ocasiones tentativas de independencia. Caracas trató de libertarse del yugo de la metrópoli en 1749, en 1797, en 1808 y en fin en 1810, época en la que todas las autoridades españolas fueron expulsadas para Cádiz.

“Entonces se organizó un gobierno regular. La independencia fué proclamada el 5 de julio de 1811. Se tomaron medidas para defenderla y se había logrado organizar un ejército de 22.000 hombres, cuando un terremoto sobrevino el 26 de marzo de 1812, destruyó por completo las ciudades, los almacenes, los recursos del país en una extensión de ciento cincuenta leguas e hizo perecer ochenta mil habitantes, de los cuales 8.000 soldados.

“A pesar de sus inmensas pérdidas, la provincia habría podido todavía resistir. Pero el gobierno, cuya autoridad fué después de algunas vicisitudes concentrada por completo en la persona de Miranda, se desorganizó rápidamente. Miranda defendió mal el país, licenció las tropas bajo diversos pretextos y, fingiendo querer evitar a los habitantes mayores males, firmó una capitulación que puso la Capitanía de Caracas bajo la dependencia del gobierno insurreccional de España.

“No obstante mirase esa conquista como mal segura. El rigor de los castigos excita nuevas sublevaciones, y en varias provincias se han formado núcleos de revuelta que pueden acrecerse día por día.

“Cartagena está en situación menos triste. El gobierno conserva todavía su independencia proclamada desde el mes de noviembre de 1811. La capital tiene cuarenta mil habitantes, y esa plaza está bien defendida; pero se teme una próxima invasión de los ingleses y de los españoles y el gobierno no podría rechazarla si quedase abandonado a sus solas fuerzas.

“Los dos países que acaban de enviar sus agentes a Francia están, pues, uno en poder del gobierno de Cádiz y otro expuesto a la invasión. Sería necesario enviar fuerzas efectivas para retomar y libertar a Caracas; pero

podría sostenerse a Cartagena con menor esfuerzo. Su agente el señor Palacio, quien antes de venir a Europa habló con el señor Sérurier de la situación de su país, se limitará a pedir algunos envíos de armas si no pudiese obtener tropas.

“He visto después de su llegada a los dos agentes de América y, a fin de juzgar hasta qué punto están ligados entre sí los asuntos de las diferentes colonias españolas, les pedí un memorándum sobre el estado en que se encuentran hoy.

“De la exposición que me remitieron resulta que México, después de mucha efusión de sangre y de alternativas de victorias y reveses, está todavía bajo la autoridad del virrey enviado por la Junta de Cádiz, aunque los insurgentes continúan todavía en campaña en diversos puntos, que hayan formado una junta militar que dirige las operaciones de la fuerza armada y que el clero se haya pronunciado por una revolución.

“En el Perú el virrey ha logrado apaciguar diferentes movimientos popularizando su autoridad y prometiendo a los habitantes que si España fuese conquistada, podrían darse la constitución que deseen. El año último envió 12.000 hombres contra las tropas de la Junta de Buenos Aires, que contaban igual número; pero en el mes de agosto aun no había habido batalla entre los dos ejércitos.

“El Paraguay se hizo independiente del gobierno de Cádiz, pero acata a Fernando VII. Al principio hubo división: Buenos Aires proclama a Fernando, Montevideo, apoyado por los ingleses y los portugueses era partidario de la Junta de Cádiz. Pero este último partido ha sido vencido y Montevideo fué ocupado en el mes de octubre pasado por las tropas de Buenos Aires.

“Chile tomó el mismo partido que Buenos Aires y la Junta gobierna en nombre de Fernando VII.

“Nueva Granada, cuya capital es Santa Fe, se pronunció en 1810 por la independencia, y de las veintidós provincias de que se compone ese reino sólo quedaron adscritas al partido de la Junta (de Cádiz) Panamá, Cuenca, Santa Marta, Popayán y Pasto. Santa Marta y Popayán se

rindieron después y el reino formó una convención de veintidós diputados que se ocupan de los medios de libertar de nuevo a Caracas.

“La Habana y Puerto Rico han quedado sujetas a Fernando VII.

“Creo deducir de este informe sucinto que de todas las colonias españolas el nuevo reino de Granada y la provincia de Cartagena son los que han hecho más progresos hacia la independencia. Las otras colonias parecen más o menos repartidas entre la Junta y Fernando VII: sin embargo, las ideas de independencia han penetrado igualmente en ellas, y progresan tanto más por todas partes cuanto que las comunicaciones con la metrópoli están disminuidas desde hace mucho tiempo, que en el estado actual de España ésta no puede proteger sus posesiones y que el hábito de tener relaciones con el extranjero se ha introducido insensiblemente en todas partes de América.

“El partido que tomó Vuestra Majestad de favorecer su independencia es para aquéllas poderoso aliento. Por tal razón volviéronse desde luego a Francia, y a los Estados Unidos cuya emancipación tuvo el mismo origen. Parece que un diputado de Buenos Aires vendrá pronto a Francia: y que el Paraguay, que hasta este momento sólo ha tomado términos medios, se dispone a proclamar su independencia de manera tan formal como lo hicieron Cartagena y Santa Fe y lo había hecho Caracas antes de sus desastres.

“Tengo a honra proponer a Vuestra Majestad que continúe secundando ese movimiento y me autorice para oír las proposiciones de arreglo que pueda hacerme el señor Palacio agente de Cartagena, de las cuales daré cuenta a Vuestra Majestad.

“Aunque los antiguos poderes que Caracas dió al señor Delpech no tengan hoy la misma validez, porque ese país se rindió a los españoles por capitulación, sería sin embargo útil oírle acerca de los intereses de aquella provincia donde ha residido durante muchos años, y pienso que no hay ningún inconveniente en admitirle a las entrevistas que tendré con el señor Palacio.

"Soy con el más profundo respeto, Señor, de Vuestra Majestad, muy humilde, muy obediente y fiel súbdito".

Palacio y Delpech presentan las cosas dejando naturalmente en la sombra toda relación que los patriotas venezolanos y cartageneros hubiesen podido llevar o llevasen con los ingleses. Esto era ciertamente de buena diplomacia, pero era también una mentira histórica. Los sentimientos profundos que hacia Francia abrigaran unos u otros jefes de la revolución venezolana y la influencia espiritual innegable que en ellos ejercieran las ideas de la Revolución francesa no impidieron que la conducta política de todos fuese netamente favorable al acercamiento a Inglaterra, de cuyo gobierno esperaban auxilio o al menos neutralidad benévola. La revolución de Caracas, que empezó prácticamente en 1808, año de la invasión de la Península, se hizo contra los franceses. Miranda debió muchos de sus sinsabores a la circunstancia de tenerse por afrancesado; y la oposición contra su persona acentuóse en 1812, cuando ese grande oportunista decidió aprovechar en favor de su patria las nuevas disposiciones de Napoleón hacia las provincias ultramarinas de la monarquía española. En los momentos precisos en que Palacio y Delpech conversaban con el duque de Bassano, Mariño trataba con las autoridades de Trinidad, si bien tan oportunista como Miranda y no pudiendo reclutar ingleses, reclutaba franceses naturales de las Antillas o allí residentes.

Exageradísimo es el número de 22.000 soldados que, según el informe, había levantado la Primera República de Venezuela.

Repárese el párrafo en que Bassano censura la conducta de Miranda en Venezuela y que probablemente refleja sólo la opinión de Palacio Fajardo, pues bastante conocida es la de Delpech sobre aquellos sucesos. Presentación hábil, por lo demás, que critica al Generalísimo por haber capitulado con el gobierno de la Regencia, calificado por el duque o por nuestros agentes de "insurreccional", es decir, rebelde contra el rey José. En realidad, Miranda no fué nunca santo de la devoción del gobierno imperial y la referencia al Precursor que se en-

cuentra en el gran informe de Maret al Emperador fecha 18 de enero no autoriza la exagerada interpretación que nos da Mancini cuando escribe que "Napoleón no dudaba hallar "un aliado muy calificado" en aquel general que había servido antes a Francia". Pero no es este lugar para tratar del punto.

Palacio Fajardo expresó un juicio más favorable a la conducta de Miranda en su libro citado atrás. Allí cambia de tono y dice: "La cuerda conducta de Miranda comenzaba a restablecer el orden en Caracas y la disciplina en el ejército, cuando los españoles prisioneros en la ciudadela de Puerto Cabello se apoderaron de ésta favorecidos por la traición del comandante. El coronel Simón Bolívar, que mandaba en la ciudad, juzgando imposible retomar el fuerte sin comprometer la salvación de ésta, se embarcó para La Guaira con sus oficiales. La nueva de este suceso llegó el 5 de julio al ejército principal mientras celebraba el aniversario de la Independencia venezolana y le causó el mayor desaliento. El enemigo halló en Puerto Cabello una cantidad considerable de municiones, que le faltaban enteramente... El general Miranda advirtió que la desertión progresaba; los realistas ocupaban la región que abastecía a Caracas; las tropas republicanas, poco numerosas, comparadas a las del enemigo, estaban mal armadas; en fin, el terremoto... En aquellas circunstancias Miranda, con la aprobación del Poder Ejecutivo, propuso una capitulación..."

El 15 de abril Palacio y Delpech dirigieron conjuntamente al duque de Bassano, con nota de envío, una comunicación que resumía, en forma que no deja de inspirar algunas reservas, las razones que según ellos debían llevar al gobierno imperial a intervenir en favor de los patriotas hispano-americanos. Léanse ambos documentos que traducimos literalmente:

"Monseñor — dice el primero de ellos: Tenemos a honra dirigir a V.E. una nota que creemos útil someterle para bien del servicio de S. M. y en interés de América. Reiteramos a V.E. la solicitud contenida en nuestra carta de 10 de este mes, repetimos que es esen-

cial que quiera ayudarnos, aun cuando el gobierno no deseara tomar en este momento ninguna determinación; necesitamos comunicar a V.E. cosas importantes, le suplicamos tenga a bien concedernos una entrevista próxima. Tenemos a honra reiterar a V.E. la seguridad de nuestra perfecta consideración". Hemos dicho que no aparece entre los papeles aquella carta de 10 de abril, agregando que sirvió sin ninguna duda al duque de Basano para calcar su memorándum de la misma fecha. Nótese que los comisionados no se refieren expresamente a los gobiernos granadinos ni tampoco aluden a los patriotas del Oriente venezolano en la segunda nota que dice así:

"Monseñor: Hemos dado a conocer la situación de las colonias españolas (y) deseamos hoy manifestar el espíritu que las anima a fin de que el gobierno pueda juzgar si no está en su interés socorrerlas en este momento, más bien que aplazarlo para otro tiempo, y si no le conviene prevenir las consecuencias funestas que podría causar un retardo demasiado largo.

S. M. el Emperador y Rey no parece haber todavía detenido su mirada sobre el Nuevo Mundo; nada ha señalado sus intenciones de manera positiva. Sin embargo, las dos declaraciones que S. M. ha hecho en diferentes épocas en lo concerniente a aquellos países, fueron un gran rasgo de política que, sin duda, impidieron a América tomar un partido decisivo y le han valido (al Emperador) numerosos partidarios que están hoy dispuestos a secundar sus intenciones.

"En 1809, M. de Montalivet dijo que S. M. no se opondría jamás a la libertad de América siempre que los ingleses no fuesen allí exclusivos, y que se admitiera su pabellón (el francés) como el más favorecido. Los americanos creyeron sin vacilar en esta declaración; supusieron con razón que sin dominar por la fuerza ninguna potencia podría competir con Francia, tratar tan ventajosamente con ellos, para hacerles tributarios de sus productos y de su industria.

"Posteriormente a aquella época, en 1810, en un discurso que pronunció S. M., dijo: "América quiere ser in-

dependiente, yo la ayudaré". Estas seguridades colmaron de júbilo a todo el Nuevo Mundo y conquistaron al Emperador el afecto de los americanos.

"Advertidos de estas benévolas disposiciones, los americanos creyeron que el Emperador quería ser su libertador. Su afecto por S. M. ha aumentado al mismo tiempo que crecía su odio contra los españoles, los portugueses, los ingleses quienes no han cesado de urdir todas las intrigas imaginables para subyugarles y dominarles. La confianza y las esperanzas que S. M. dió precedentemente a los americanos han igualmente crecido en razón de las agitaciones políticas y de las guerras civiles a que se han visto entregados después; y juzgando que la obstinación de sus enemigos podía ocasionar su total ruina, sintieron la necesidad de reclamar el apoyo que S. M. les permitiera; y están persuadidos en este momento de que su salud, su seguridad dependen inmediatamente de la unión íntima que desean contraer con Francia y de la protección que reclaman.

"La incertidumbre en que el gobierno francés deja a los americanos en cuanto a la protección que pueden esperar de él, les hace temer que Francia haya aplazado el ocuparse de aquellos países hasta el momento en que se asegure bien de la conquista de la Península; sospechan que retarda favorecer su independencia para reservar al gobierno cuando se adueñe de España el pleno ejercicio de los derechos de la antigua metrópoli. La inquietud que tal idea lleva a los espíritus hace pensar a los criollos, propietarios cuerdos y esclarecidos, que sería mucho menos difícil para Francia tratar hoy ventajosamente con ellos, que cuando sea dueña absoluta de España. En este momento todas las esperanzas se despertarían a la vista de un socorro libertador; después de la conquista de España todo el mundo temerá el retorno de las antiguas opresiones.

"El Emperador no tiene ninguna necesidad de poseer la Península para libertar a América; ésta le tiende los brazos, le llama para que la sustraiga al yugo de los españoles, de los portugueses, de los ingleses, unirse estrechamente con él y verle fundar el sistema que podrá

operar mejor su prosperidad, la de Francia, aumentar su gloria. Por el contrario, cuando se conquiste a España, es seguro que las Cortes irán a establecerse a América de acuerdo con los ingleses; ese gobierno llevará consigo fuerzas considerables, habrá grande emigración de españoles europeos que contribuirán poderosamente a comprimir en América el partido de la Independencia, el que posee Francia, y bien pronto aquel país caerá necesariamente bajo la dominación directa de Inglaterra, si sus relaciones con Francia no lo han puesto antes en estado de resistir.

“Después de haber establecido que la conquista de España no sólo sería un medio de llegar a la posesión de las Américas, sino que sería un obstáculo, no puede menos de agregarse que, al contrario, la posesión actual de América ayudaría muy poderosamente a conquistar la Península: es claro que tan pronto como las sublevaciones de América contra la potencia de las Cortes, de los portugueses, de los ingleses sean ayudadas por Francia, los ingleses llevarán allí fuerzas considerables; será, pues, una diversión que bastará para hacerles abandonar la vieja España. Entonces, esos hombres que han encontrado en la Península la doble ventaja de aprender a hacer la guerra y de absorber todos los tesoros de América, se verán forzados a ir a hacer lejos una guerra costosa y sangrienta, sin puertos, sin viveres; no podrán temporizar más como en España y deberán entrar en campaña sin aliados en el interior, sin los recursos locales (y) el clima les aniquilará.

“Si estas observaciones parecieran a V. E. bastante para determinar al gobierno francés a ir prontamente en auxilio de los americanos, los autores de esta nota se apresurarían a presentarle un sistema completo de medios graduales para la ejecución”.

VII

El Resultado

La documentación existente en los archivos sólo permite fijar algunos pormenores de la gestión Palacio-Delpech a partir del mes de abril. El duque de Bassano marchó al gran cuartel general de Napoleón, que guerraba en Alemania; pero antes de partir pidió a Clarke duque de Feltre, ministro de la Guerra, informes sobre los auxilios en armas, municiones y oficiales que podrían darse a “un gobierno extranjero”, sin duda el de Cartagena. Clarke respondió por dos notas de 17 y 23 de mayo, que son interesantes como indicio de las posibilidades que tenía la formidable máquina militar francesa durante el último año del Imperio. En medio del inmenso esfuerzo para mantener en buen estado los ejércitos que luchaban en todos los campos de batalla de Europa y defendían las últimas colonias, Clarke se decía dispuesto a dar al gobierno de Cartagena dos o trescientos cañones de bronce, piedras de chispa, mechas de cañón, picas, así como uniformes, casacas, cascos, arneses, pero no fusiles ni pistolas. El ministro estudió al mismo tiempo, y esto revela hasta dónde fueron Palacio y Delpech en sus pretensiones, si era posible enviar a los patriotas artilleros y otros especialistas, “obreros artistas” decía, destinados a establecer arsenales, fundiciones, herrerías y manufacturas de armas. Clarke afirmaba que eran necesarios 345 obreros para hacer 12.000 fusiles por año, y que el número de estos especialistas que debería cederse a un gobierno extranjero dependería naturalmente del

de las armas que se quisiera fabricar. En suma, el ministro se mostraba cauto: "Debo advertir a V. S.—escribió a Bassano, el 23 de mayo—que en las circunstancias actuales, las manufacturas imperiales de armas tienen gran necesidad de conservar sus obreros y que no podrían ceder los que se piden sino disminuyendo su producción".

Mancini dice que los comisionados solicitaron expresamente en un memorándum no sólo armas y municiones, sino autorización para reclutar en Francia oficiales, ingenieros y obreros. Villanueva, quien examinó esta documentación hace más de treinta años, dice en su libro *Napoleón y la Independencia de América*: "Distinta fué la conducta del Emperador (de la de Monroe), quien ordenó al duque de Bassano que preparase una expedición militar en favor de los independientes de Venezuela y de Nueva Granada; pero el duque de Feltre presentó dificultades para la empresa por no poder disponer de hombres y solamente de reducidos elementos de guerra, sin entrar un solo fusil". Gil Fortoul escribe que Napoleón ordenó se aprestara una fragata para llevar a Cartagena oficiales y fusiles y otros artículos, pero que todo se interrumpió por la salida de aquél para el Rin.

La política americana de Napoleón debía forzosamente establecerse en función de su política española, que ya había comenzado a caracterizarse desde que, en febrero de 1810 creó gobiernos militares independientes del rey José en las regiones del norte del Ebro. Aquello llevaba la intención de anexar a Francia provincias enteras, Cataluña, Vizcaya, otras tal vez. A principios de 1813, el Emperador retiró sus primeras tropas de la Península llamando el cuerpo de Soult a Alemania. De París, Clarke ordena sus operaciones al rey "intruso", quien, de cualquier modo que se llamase, Joseph, Giuseppe o José, no era sino el súbdito gruñón de su terrible hermano. Su aventura española terminó con el nombramiento de Soult como lugarteniente de Napoleón en España y Portugal y comandante en jefe de las tropas francesas en aquellos reinos. Hacía meses que el Emperador, tal vez por consejo del mismo Soult jurado

enemigo del Rey, había decidido devolver el trono a Fernando, casándole con una Bonaparte, con Zenaida, hija del propio José. Estrafalaria solución que Fernando se mostró dispuesto a aceptar cuando, por diciembre, firmó el tratado que le obligaba expresamente a arrojar de España a los ingleses.

En su informe al gobierno de Cartagena, Palacio resume el resultado de su misión así: "El Emperador se impuso de las proposiciones, sintiendo vivamente que la misión le hubiera sido hecha en un momento tan crítico para la Francia: "un año antes (éstas fueron sus palabras) Cartagena habría recibido recursos de toda especie, sin que la presencia de un soldado francés hubiera desmentido la liberalidad de sus intenciones". Sin embargo, se resolvió despachar una fragata, conduciendo algunos oficiales, fusiles y otros artículos, con arreglo a la nota que yo había pasado, a petición del duque de Bassano". Los historiadores se apoyan en estas palabras; pero el tono de la segunda de las citadas notas del duque de Feltre, poco permite pensar que correspondan a la verdad entera.

Palacio no nombra a Delpech en su libro, y allí sintetiza en corta frase su trabajo diplomático en Francia: "Todos los arreglos para dar a los americanos los socorros necesarios habían sido hechos cuando tuvo lugar la batalla de Leipzig y produjo la caída total de Bonaparte". Sábese que dicha batalla tuvo efecto del 16 al 19 de octubre de 1813.

El informe a Cartagena reza: "Cuando aquélla (la fragata) debía atravesar el océano, los enemigos de la Francia se acercaban rápidamente hacia el Rin, y el Emperador, desentendiéndose de toda otra operación marchó a su encuentro. Las batallas de Lutzen y Bautzen, el armisticio, el Congreso de Praga sucediéndose con precipitación, ocuparon exclusivamente sus cuidados. Llegó el día en que él debía ser humillado a su turno, y su caída desplomó la única columna de la independencia del Nuevo Continente".

La nueva nota que los comisionados dirigieron, no obstante, al duque de Bassano con fecha 14 de noviembre

no confirma en modo alguno que se hubiera llegado a los arreglos de que habla Palacio Fajardo: "A pesar de su buena voluntad—dicen aquéllos—demasiadas razones han impedido sin duda a V. E. responder desde hace largo tiempo a las diferentes notas que hemos tenido la honra de dirigirle; su regreso nos alienta a suplicarle nos conceda una nueva entrevista. Hemos recibido recientemente detalles muy favorables sobre la situación de las Indias Occidentales, que podríamos comunicar a V. E. Es todavía tiempo, Monseñor, de ejecutar el plan más vasto que haya nunca existido para la gloria de S. M., los intereses de su imperio y el daño de Inglaterra". Las buenas noticias recibidas por los comisionados venían sin duda de Venezuela, cuyo territorio había sido en gran parte libertado por Bolívar y Mariño, quienes pronto juntarían sus tropas para jugar la última partida contra los realistas, en el centro del país.

Caulaincourt, duque de Vicence, reemplaza en el ministerio del Exterior a Maret retenido por el Emperador en su cuartel general. El otro interlocutor de los comisionados, Clarke, inamovible ministro de la Guerra, convertirá luego su larga fidelidad a Napoleón en no menos fiel adhesión a Luis XVIII, que le nombró mariscal. Eran ya quiméricas las esperanzas de Palacio y de Delpech en la posible ayuda francesa: las tropas imperiales retrocedían hacia el Rin bajo la presión de innumerables enemigos y no había tiempo de pensar en Cartagena y Venezuela. Vino la campaña de Francia, en la cual Napoleón mostró como nunca su insuperable genio militar. Maret habla de capitular y aquél le responde: "Se trata de cosa muy distinta, en este momento vigilo a Blücher, lo batiré mañana, lo batiré pasado mañana: la faz de las cosas va a cambiar". Y bate no sólo a Blücher y a sus prusianos, sino también a Schwarzenberg y a sus austriacos, a Alejandro y a sus rusos. Vauchamps, Champaubert, Montmirail, Montereau: es invencible. Pero sus generales se dejan derrotar, o le abandonan. Maret tenía razón. Por desgracia, no se trata ahora de capitular sino de abdicar.

VIII

El Papa, los Soberanos Aliados

Punto muy interesante de las diligencias practicadas por Palacio Fajardo y Delpech durante su permanencia en París es el relacionado con el Papa Pío VII, prisionero a la sazón en Fontainebleau, y ante quien, dícese, presentólos oficiosamente el ministro francés. Mancini cita a este respecto una nota de los comisionados al duque de Bassano, que no hemos hallado en el expediente, y escribe: "Se les había hecho obtener audiencia del Papa Pío VII en Fontainebleau y Napoleón parecía más y más inclinado a proseguir sus proyectos de intervención en favor de la Independencia, interesando en ellos al Soberano Pontífice. Este debía ratificar los nombramientos de muchos obispos que serían designados por las autoridades republicanas". Tal información se lee también en Gil Fortoul. No conocemos documentos que confirmen esa audiencia y sería necesario buscarlos en los archivos vaticanos. La afirmación se origina, probablemente y al menos en parte, en el comentario que el propio Palacio Fajardo hizo en su informe a Cartagena, sobre determinado punto de la política que Napoleón entendía seguir en aquellos momentos con la Santa Sede. La actitud de éste hacia Roma había correspondido a las extraordinarias peripecias de su propia fulgurante carrera. En la época del Directorio, durante la campaña de Italia, el general Bonaparte se jactaba de jacobinismo y escribía a su hermano el embajador José, ahora precisamente Rey Católico, que si el

Papa moría trabajara para que no se nombrase otro y se "revolucionaran" sus Estados. El Consulado trajo el Concordato y la paz de la Iglesia: Bonaparte, antes de ser Napoleón es ya Constantino. Mas luego reabrióse la antigua querella entre el Sacerdocio y el Imperio y César pudo ordenar a su tío el embajador cardenal Fesh: "Decidles que yo soy Carlomagno". "Les" era el Papa.

Pero volvamos al informe de Palacio Fajardo: "Entre otros medios con que el emperador Napoleón creía contribuir al establecimiento de la independencia de la Tierra Firme, era uno el de entrar en relación con el Supremo Pontífice, entonces residente en Fontainebleau. Diéronse algunos pasos a este fin, y yo no estoy lejos de creer que por más adicto que se le supon-ga (el Papa) a las instituciones antiguas, deje de prever la caída de un despotismo decrepito (el español) que lucha contra la libertad. Pío VII parecía extrañar que los acontecimientos de nuestra revolución no le fueran transmitidos por el órgano de un hijo de aquellos países en que la religión es un poderoso agente del modo de obrar; y su silencio en un tiempo en que el gabinete querría incendiar la América con los rayos del Vaticano, es una prueba manifiesta de su despreocupación". No entendemos perfectamente esta última frase, pero la copiamos tal cual aparece en el informe.

Al caer el imperio napoleónico, abrióse ante los ojos de Palacio Fajardo una nueva perspectiva, y, situado precisamente en medio del formidable suceso que determinaba con la recomposición de Europa la política futura de las potencias, emprendió una encuesta de cuyo resultado nos da cuenta, en términos por desgracia demasiado sintéticos pero que demuestran notable inteligencia de hombres y de cosas: "En tales circunstancias, traté de conocer el espíritu de los soberanos de Europa, reunidos en París, con respecto a la lucha que la América sostenía, y no me fué difícil percibir que ni la Rusia, ni la Prusia, ni la Alemania (Austria) tomarían parte en nuestras desavenencias. "En este momento de conciliación general, decían ellos, en que la Europa no for-

ma sino una familia, nosotros no debemos mezclarnos en la contienda de la España con sus colonias; mucho menos cuando esta nación fué la primera que levantó el grito contra el tirano común". Pero, o porque en política sea una falta el presentar la verdad desnuda, o porque en efecto se previera la poca duración de una amistad sugerida por circunstancias que habían desaparecido, todos estuvieron de acuerdo en añadir que el efecto de sus respuestas podía ser acaso pasajero". La política de las nombradas potencias modificóse, en efecto, mas no en el sentido que pareció esperarlo Palacio Fajardo, puesto que pronto se las vió abandonar aquella presunta neutralidad y colocarse, al menos diplomáticamente, en el campo español. Francia se juntó a ellas y no quedó para nuestra causa otra esperanza que la ofrecida por el interés de Inglaterra contrapuesto al de la Santa Alianza.

Se han atribuido a Bernadotte ya rey de Suecia bajo el nombre de Carlos XIV, o Carlos Juan, palabras favorables a la independencia de América y admirativas hacia Bolívar. Es interesante releer lo que dice Palacio Fajardo acerca de las ideas y sentimientos del todavía príncipe heredero, llegado también a París a la cabeza de un ejército enemigo de Napoleón: "El Príncipe Real de Suecia, menos prevenido contra las innovaciones que los antiguos soberanos de la Europa llaman sacrílegas, al paso que ocupado en hacer su nombre digno de la memoria de los pueblos, se mostró menos austero respecto de los principios en que se cimenta nuestra revolución y: "a no verme en la necesidad, decía él, de hacer la guerra a Noruega, pensaría en proteger la América del Sur". En realidad, bien meditadas las cosas, parece que la Suecia que tiene establecimientos en la América, que tiene una marina, que vive en paz con sus vecinos y a quien la enemistad de la España no puede acarrear ningunos perjuicios, se halla en el caso de interesarse en la prosperidad de esas regiones. Se podría añadir que el príncipe Carlos Juan es un hombre emprendedor, que el pueblo sueco lo es igualmente y que, sin embargo, ni uno ni otro son bastante poderosos para aten-

tar contra la libertad de América. Concluida la guerra de la Noruega, he tratado de recordarle sus disposiciones favorables, y don José María Real, enviado de la Nueva Granada, a quien he comunicado estos pormenores, los ha transmitido ya al Superior Congreso, creyendo importante el venir a una negociación". No disponemos en este momento de elementos suficientes que permitan decir algo nuevo y útil para el esclarecimiento de las diligencias hechas por Palacio Fajardo ante Bernadotte en favor de la causa americana. Es posible que haya traza de ellas en los archivos suecos. De todos modos, parece innegable que el comisionado habló personalmente con el antiguo mariscal de Francia transmutado en príncipe de Suecia; y podría suponerse que también tuvo contacto personal con los soberanos aliados presentes en París, o al menos con sus ministros.

Recuérdese, a título ilustrativo para el estudio de las ideas que pudo tener Bernadotte sobre las cuestiones hispano-americanas, que cuando se disgustó en 1812 con Napoleón y comenzó a preparar su paso a la coalición, entró en relaciones con la Junta de Cádiz, la cual le envió luego un destacamento de soldados españoles para su escolta personal. El mariscal Soult acusó al rey José ante el emperador de colusión con su cuñado y de buscar entenderse con la Junta por medio de éste. Hay en todo esto algún misterio que convendría aclarar. En lo que no existe ninguno es que varios generales españoles que servían a la Regencia habrían reconocido a José si se hubiese propuesto expulsar a los franceses de España.

La apreciación que sobre la conducta probable de Murat da el venezolano es de hombre sagaz y advertido y su pronóstico no tardó en realizarse: "Dirigiéndose al Príncipe de la Iglesia (Pío VII), no sería difícil ocurrir también al Rey de Nápoles, soberano que, a pesar de su defección, debe volver a los principios del Emperador y que no miraría con indiferencia la reintegración de la España en sus colonias. El está al cabo de la historia y progresos de la revolución de la Nueva Granada, por medio de uno de sus sobrinos a quien conozco, y Usia

sabe que el ministro español en el Congreso de Viena se ha declarado a favor del Rey de Sicilia". No podía concebirse que España hiciese otra cosa que apoyar a Fernando IV de Borbón en las dos Sicilias, contra el usurpador Murat. Este, por su lado, volvió a la órbita napoleónica durante los Cien Dias, se batió contra Austria, fué vencido y perdió el trono y la vida al tratar de reconquistarlo.

IX

Las Preocupaciones de Inglaterra

La misión de Palacio Fajardo ocupaba no sólo al gobierno francés sino que también preocupaba al británico. En Londres estaba el agente venezolano López Méndez quien, por enero de 1813, se vió reducido a pedir a Vansittart socorro para librarse de sus acreedores que amenazaban hacerle meter en la cárcel. Los ingleses hablaban de Palacio y de López Méndez, ignorando al parecer a Delpech.

En una nota del 25 de abril dirigida por el embajador Sir Henry Wellesley al ministro don Pedro Labrador, se nos informa que, según correspondencia francesa interceptada por el almirante Stirling, el enviado venezolano iba a París. "El solo motivo—agregaba Sir Henry—que induce a Su Alteza a oír a los diputados de los insurgentes nace de la convicción de que si la Gran Bretaña rehusase tratar con ellos solicitarían la protección de Francia". El Príncipe Regente deseaba igualmente mantener comunicación con aquellas provincias a fin de aprovechar cualquiera ocasión favorable para mediar en vista de restaurar en ellas la soberanía de España. En cambio, según la correspondencia interceptada, Francia obedecía a otros principios y buscaba la emancipación de dichas provincias de la Madre Patria. A este respecto, el espíritu público ofrecía indudablemente cierto peligro, que no escapaba a los observadores. Los americanos—escribía Wellwood Hyslop en un informe dirigido a lord Bathurst desde Cartagena, en diciembre de ese año—es-

tán determinados a entregarse a Francia antes que volver a la dominación española; sin embargo, los pueblos preferirían la protección de Inglaterra.

El 8 de mayo Sir Henry transmite a lord Castlereagh una nota de Labrador, en la cual el ministro español le da gracias por su comunicación anterior. Los disturbios de América, dice éste, no provienen de justos motivos de queja que tengan los habitantes sino de ideas perversas, de ambiciones y sugestiones de los enemigos. Se están tomando medidas para vencer la rebelión. La comunicación de los insurgentes con los franceses podría suprimirse con la cooperación de las fuerzas navales británicas; y, en general, el movimiento sería pronto extirpado si los habitantes no se viesan ayudados por los Estados Unidos y por "los buques mercantes ingleses que llevan armas y municiones para alentar la resistencia en las regiones agitadas".

El gobierno británico examinó ésta y otras quejas de Labrador y en nota de 7 de julio encargó a Wellesley de responder al ministro. Las sospechas españolas no tenían fundamento y la secretaria de Estado había recibido con frecuencia notificación de la conducta de los oficiales británicos en las Antillas, cuyo espíritu era de perfecta corrección. En cuanto a las denunciadas relaciones entre gentes de Venezuela y un agente de los republicanos en Londres, la nota concluía: "Cualesquiera que hayan sido las promesas que al señor López Méndez le haya parecido conveniente hacer a sus corresponsales de Caracas, de que una casa comercial de aquí (Londres) estaba lista a contratar el suministro de armas y municiones para los insurgentes, no hay razón alguna para suponer que fueran nunca realizadas, siendo esas promesas, al contrario, totalmente gratuitas y sin la menor base por parte de tal agente. A todas las peticiones del señor López Méndez en esta materia se contestó siempre con una negativa absoluta; y el propio gobierno español, a pesar de que hace de esto motivo de queja, ni siquiera alega que dichas promesas u ofertas hayan sido nunca ejecutadas".

X

La Intriga del Enganche

Reina Luis XVIII. Permaneció Palacio Fajardo en París hasta enero de 1815, y es de presumir que habría prolongado su estada allí de no haberse visto envuelto en una complicadísima intriga de enganche que le valió prisión y decreto de expulsión. Por entonces parece que se había separado de Delpech y la ausencia del nombre de éste en el expediente revelador de la aventura puede explicar la afirmación de Mancini de que a la caída del Imperio, Delpech “desapareció”, afirmación sin fundamento como veremos más adelante.

En noviembre de 1814, mientras Talleyrand asistía al Congreso de Viena, ejercía las funciones de ministro de Negocios Extranjeros el marqués Arnail-François de Jaucourt, que alguno de estos documentos oficiales llama conde. No perderemos tiempo en averiguar de dónde proviene tal error, que imaginamos pudo deberse a que aquel marqués de antiguo régimen fuera también conde imperial, aunque parezca improbable que usase el segundo título en plena Restauración. Sea lo que fuere, vemos que el director general de la Policía transmitió a Jaucourt cinco documentos concernientes a maniobras cuyo instigador era el antiguo agente de Cartagena y destinadas a reclutar en Francia oficiales que fuesen a servir al lado de los insurgentes hispano-americanos. Una vez tomadas las medidas necesarias para poner cese a dichas maniobras y castigar a los comprometidos en ellas, el Rey ordenó que las piezas se comunicasen a la Corte de Ma-

drid, en “envío puro y simple, absteniéndose de cualesquiera reflexiones”.

En octubre anterior, la policía arrestó a Palacio Fajardo, al “general de brigada” “Dufour Saint-Charles, comandante (comendador u oficial) de la Legión de Honor, que se hallaba a medio sueldo, y a los nombrados Acker, ex-oficial del estado mayor del general Treillard, Delcampo, ex-militar del “cuerpo franco de Simón”, y al relojero Keker. Los dos últimos fueron pronto puestos en libertad, por creérseles inocentes de “las malas maniobras que habían podido tener lugar”.

El general Dufour—dice el primer informe de la policía—parecía hallarse a la cabeza de una empresa de alistamientos para el extranjero, y “debía haber dicho y hecho creer, entre otras cosas, que iría a América en calidad de general en jefe, y que se daría antes de su partida una suma de cien mil francos tanto para él como para los oficiales que llevaría consigo. Las búsquedas hechas por la policía confirmaron estos rumores y permitieron descubrir algunos de los individuos con quienes parecía haberse arreglado para ejecutar su designio”. Acker acompañaba al General en todas las diligencias y debía seguir a éste como edecán. Dufour empezó negando; pero al saber que también Palacio Fajardo había sido arrestado, se decidió a “dar a conocer algunas particularidades”. En efecto, “confesó que conocía al señor Palacio y que a solicitud de éste le había remitido una nota explicativa de sus pretensiones, nota que Palacio había enviado a su gobierno cuya respuesta se esperaba. Pero agregó que, en caso de que todo se hubiere arreglado según sus deseos, no habría concluido compromiso definitivo sino mediante consentimiento del ministro de la Guerra a quien se proponía consultar entonces. De resto, protestó su devoción inviolable a la persona del Rey y a su gobierno”.

En cuanto a la deposición de Palacio Fajardo, vale sin duda la pena de leerse todo lo que dice el informe:

“El señor Palacio está en París hace diez y siete meses. Al partir de Cartagena, en América, su gobier-

no le encargó de una misión ante el de los Estados Unidos y ante el ministro francés en Washington, misión que tenía por objeto solicitar socorros en favor de los insurgentes españoles. El gobierno de los Estados Unidos le había dicho que teniendo necesidad de todas sus fuerzas para sostener la guerra contra los ingleses (la guerra anglo-americana había estallado en 1812) nada podía hacer en favor de los insurgentes, a pesar de su deseo. El señor Sérurier le respondió que no tenía instrucciones, y que le aconsejaba ir a París y cumplir su misión directamente ante el gobierno francés. El señor Palacio debido a las circunstancias, no había aún podido obtener sino promesas del ministro de Relaciones Exteriores, cuando llegaron los últimos sucesos de la Restauración. Habiendo cambiado las circunstancias Palacio pretende no haber hecho después nada más en interés de su misión. Dice que hace quince días llegó a Londres un enviado de Buenos Aires llamado Real, encargado de hacer reconocer por Inglaterra la independencia de la América española.

“Al explicar sus relaciones con el señor Dufour Saint-Charles, el señor Palacio entró en numerosos pormenores sobre el particular. He aquí el resumen: El señor general Dufour le había anunciado su intención de pasar a América con su grado, una comandancia en jefe y una suma de ochenta mil francos. El señor Palacio dice que asediado por las importunidades del señor Dufour, le había aconsejado su solicitud (por escrito), diciéndole que la enviaría a Londres al señor Zalathea, otro enviado americano. Agrega que había guardado durante algún tiempo dicha solicitud, que no tenía intención de enviar; y que como el señor Dufour y el señor Acker venían sin cesar a preguntarle si había recibido respuesta, había terminado por invitar al señor Acker a que preparase al señor general Dufour a recibir la noticia de la no aceptación de sus proposiciones. Sin embargo, el señor Palacio dice que, sabiendo que una joven inglesa partía para Londres, tuvo la fantasía de enviar al señor Zalathea la solicitud del general Dufour, con una especie de post-data en la cual le anunciaba que (¿esperaba?) hacerle pasar un momento agradable y de diversión y para pro-

barle hasta qué punto la sed de oro podía cegar a un hombre y llevarlo a pretensiones exageradas y ridículas. El señor Palacio sostiene que no ha tenido nunca ni la posibilidad de hacer cosa alguna por el general Dufour, y que no consintió en verle en su casa o en otra parte sino porque no había otro modo de desembarazarse de sus importunidades".

XI

Sarratea

Aquel Zalatheo con quien Palacio Fajardo estaba en relaciones era Manuel Sarratea, encargado entonces por el gobierno de Buenos Aires de una misión diplomática y que seguía negociaciones oficiosas con Gandaregui, director de la Compañía de Filipinas, en vista de llegar a una reconciliación con la metrópoli.

En comunicación de 18 de diciembre de 1813, que puede leerse en la colección de Webster, lord Strangford había dado cuenta a lord Castlereagh de la llegada de Sarratea a Río de Janeiro, camino de Londres y con la misión indicada. Reviviase de tal modo el proyecto de mediación entre España y sus provincias americanas que en años anteriores había lanzado el gabinete inglés. Sarratea llevaba sentimientos muy conciliadores, que Strangford atribuía, a pesar de cuanto aquél le dijo, al estado de ánimo general creado en Buenos Aires por las recientes derrotas de Belgrano y por el fin victorioso de la guerra en la Península que, temíase, habilitaba a ésta para emprender la reconquista de América. El delegado argentino—escribió Strangford—“comenzó por declarar la existencia del sincero y ansioso deseo del gobierno de Buenos Aires de obtener las bendiciones de la paz y reposo a cualquier precio, excepto el de la sumisión calificada a España y en consecuencia exponerse a toda la fuerza de su resentimiento y de su venganza por la conducta pasada de las Provincias rebeldes”. Según Sarratea su gobierno obraba sólo por motivos de humanidad y

patriotismo y con el deseo de poner fin a los horrores de la "guerra civil". Para que un arreglo con España fuese posible creían los argentinos necesario que Inglaterra prestase sus buenos oficios y garantizara después el cumplimiento por la metrópoli de cuanto se conviniera. Las concesiones que aquéllos se decían dispuestos a hacer "consistían en la admisión de dos principios: Primero: la unidad e integridad de los dominios españoles, garantizadas por la Gran Bretaña; y Segundo: la obligación para los españoles de este hemisferio de unirse con sus hermanos de Europa en la obediencia a un mismo soberano, particularmente Fernando VII".

Sarratea siguió para Londres en enero de 1814, sin que lord Strangford le hubiese dado ninguna seguridad de que sus proposiciones serían aceptadas por el gobierno británico. Belgrano y Rivadavia se le juntaron en mayo de 1815. Como se sabe, los enviados argentinos trataban del establecimiento de una monarquía en el Plata, pensando poner de rey al infante Don Francisco de Paula, hermano de Fernando VII.

La presencia en Londres de Sarratea y sus gestiones ante el gobierno británico motivaban justamente en aquellos momentos vivas protestas de parte del gobierno español. A éstas respondía el *Foreign Office* escudándose tras el proyecto de mediación cuyo esperado buen éxito le imponía tolerar y recibir las quejas y reivindicaciones de los insurgentes. En la minuta que tenemos a la vista, fecha 6 de abril y copiada de su original, leemos lo que Castlereagh decía al embajador de España conde de Fernán Núñez, quien pedía la expulsión inmediata de Sarratea. Este había presentado a lord Liverpool, primer ministro, la nota que su gobierno dirigía a lord Castlereagh, y había también expuesto al Lord del Tesoro el objeto de su misión. El ministro británico en Rio de Janeiro había, como acabamos de ver, informado acerca de sus conversaciones con el argentino, concernientes a intereses comunes a España y las Provincias del Plata. "De los informes de lord Strangford aparece que el señor Castillo, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Su Majestad Católica ante la Corte del Brasil,

asistió a muchas de aquellas discusiones y tomó parte activa en ellas; y deseando ambos señores Castillo y Sarratea hacer todo lo posible para poner fin a los disturbios civiles que durante largo tiempo han interrumpido la tranquilidad de la provincia del Plata y de las adyacentes en el continente de Sur América, emprendióse una negociación, y casi se llegó a concluir en los términos de un armisticio entre los dos partidos contendientes. Para facilitar los detalles de esa negociación prestó lord Strangford, sus buenos oficios y consejos, en calidad de mediador. Como las circunstancias impidieron el logro de este plausible fin, el señor Sarratea juzgó que, en cumplimiento de sus instrucciones, no debía demorar su viaje a Inglaterra, con el fin de presentar a los ministros del Príncipe Regente el ansioso deseo de sus comitentes de aprovechar de la intimidad que existe entre el gobierno británico y el de España, para solicitar nuestros buenos oficios en favor de la paz y de un entendimiento con la Madre Patria según los principios de la Constitución de España y que pueden servir de base a la prosperidad común de la monarquía española en Europa y de sus dominios trasatlánticos”.

Castlereagh pensaba que la conducta de Sarratea en Londres se conformaba exactamente a la busca de los fines expuestos: “El señor Sarratea afirma que las personas que ejercen actualmente la autoridad ejecutiva en Buenos Aires están muy deseadas de reconciliarse con sus compatriotas de Europa; que reconocen la unidad e integridad de los dominios españoles como garantizadas por el tratado entre Su Majestad y el gobierno español; que su primer deber seria reconocer la autoridad soberana de su legítimo rey Fernando VII; que aceptan de buena gana los términos de la reconciliación propuesta por la Gran Bretaña al gobierno español, al ofrecer su mediación en el año de 1811; y que desean unánimemente esta medida como esencial para contribuir a consolidar y fortalecer la monarquía española y restaurarla en su antiguo esplendor”.

Por tales motivos, el gobierno de Su Majestad estimaba no haber lugar a la expulsión del comisionado ar-

gentino: "Después de esta ingenua declaración, el suscriptor espera que S. E. el conde de Fernán Núñez desistirá de su pedido de que se arroje de esta ciudad al señor Sarratea, y que verá que el paso más acertado que debería darse, en vista de las circunstancias, sería de enviar toda su correspondencia al embajador de Su Majestad en Madrid, a fin de que pueda someterse a la consideración del gobierno español".

Si nos extendemos aquí tal vez con exceso acerca de la misión de Sarratea, es porque parece oportuno considerarla frente a la que, con fines que nada tenían que ver con la reconciliación hispano-americana y el establecimiento monárquico, llevaba a cabo en aquellos precisos momentos el venezolano Palacio Fajardo. Y muy interesante sería poder conocer la opinión de éste sobre las gestiones de su colega, si es que haya estado en la confidencia, y el sentido de las conversaciones de entrambos. Nada nos dice de ello la *Esquisse*, cuya única referencia al argentino reza: "El enviado del gobierno de Buenos Aires, don Manuel Sarratea, y el del Congreso de Nueva Granada, don José María del Real, no fueron más felices en 1814, aunque estaban encargados de hacer proposiciones muy ventajosas para el comercio británico".

El viaje a Londres efectuado por Palacio Fajardo prueba que el venezolano trataba de combinar sus esfuerzos diplomáticos con los que realizaban al propio tiempo los agentes del Río de la Plata. Revela también dicho viaje de ida y vuelta que gozó de libertad para moverse y circular hasta que se descubrió la intriga de los alistamientos.

XII

El Decreto de Expulsión

Algunas reflexiones se hará sin duda el lector acerca del método de defensa adoptado en aquella ocasión por Palacio Fajardo, quien luego declaró oficialmente al gobierno de Cartagena que sí había formado un plan para enganchar oficiales que deseaban servir en el extranjero. En realidad, y por ello merece el mayor elogio, los proyectos del venezolano no se limitaban a reclutar militares, sino que también perseguían alentar una verdadera emigración a América de elementos útiles de todo género. Tal es la impresión que causa la lectura de ciertos párrafos de su informe. Sus proyectos hallaron eco en algunos personajes franceses que se interesaban en nuestros asuntos, e hispano-americanos que trabajaban en Europa por la causa de las colonias. Véase la exposición del comisionado:

“La actividad de M. Bonpland, uno de los más celosos amigos de la independencia de la América española, venció las dificultades que yo había experimentando para participar a la Tierra Firme la relación exacta de los últimos acontecimientos que se habían verificado en Europa, y las ventajas que las circunstancias brindaban para armar la América, logrando persuadir a dos sujetos recomendables, M. Fouchereau y M. Carrión, que sería de su interés pasar a Cartagena o a Caracas, con el objeto expresado, y el de utilizar en servicio de aquellos gobiernos sus conocimientos en marina y en administración. Ambos han salido de París, llevando cartas para los

señores Bolívar y Torices, y los *Monitores* desde el mes de Enero del año próximo pasado.

“Inspirar a artistas distinguidos el deseo de emigrar, señalar un teatro glorioso a militares que dejaban el campo de batalla con sentimiento, presentar en América un mercado ventajoso a comerciantes a quienes la paz permitía ya extender sus especulaciones, eran las solas indicaciones que en estas circunstancias podía cumplir un hombre amigo de su patria.

“Los gobiernos de Europa son irreconciliables enemigos de la prosperidad de otro Continente, y sus conatos tenderán siempre a sofocarla. No así los hombres des preocupados, que examinan con imparcialidad los progresos de un pueblo que debe brillar a su turno, ni el labrador y el artesano que echan de menos un terreno más propicio a sus fatigas, y consumidores suficientes a los productos de su industria. Me preocupaba a llevar a efecto estos principios, y para adelantar el plan que había formado pasé a Londres en junio del año pasado.

“Mi misión secreta aún para mis amigos hasta aquel tiempo, dejó de serlo para algunos de mis compatriotas, uno de los cuales hubo de comunicarla al Doctor D. Josef Servando (Teresa) Mier, natural de Nueva España, y autor de la Historia de la Revolución de México; quien pasando a París, a tiempo que yo permanecía aún en Londres, la hizo pública, con las mejores intenciones del mundo; en consecuencia de lo cual a mi regreso a Francia me vi cercado de hombres de todas profesiones, que con empeño me pedían pasaje para América, y a quienes despedí negativamente, aunque sin desesperanzarlos del todo, queriendo así dejar el campo abierto a otros diputados que tuviesen más recursos que yo.

“D. Francisco Antonio Zea, residente entonces en París, juzgando conmigo que en aquellos momentos no podía hacerse otra cosa en beneficio de la causa de América, que animar a las personas que a sus expensas quisiesen trasladarse al Nuevo Mundo, me procuró el conocimiento de varios sujetos de notorio mérito, que disgustados de la restauración de los Borbones, deseaban pasar al servicio de otro gobierno; y entre ellos, el del general Dufour Saint-Charles”.

Sobre el insuceso de los planes en su aspecto militar, Palacio Fajardo se explica en los siguientes términos, que corroboran más o menos los de sus declaraciones a la policía:

“Este militar nos propuso un proyecto relativo a la formación de un ejército en América, a que yo no accedí; y tratando él entonces de hacerlo por mi conducto a don Manuel Sarratea, que residía en Londres, me opuse igualmente a esta segunda tentativa. El plan era impracticable. Pero el general, o porque creyese movernos a esfuerzos de su constancia, o porque tuviese otros medios de llevar a efecto sus ideas, las comunicó a otros oficiales de su conocimiento.

“El plan entra hasta las Tullerías, y el general es arrestado. Examinanle y trata de hacerme culpable de su indiscreción. La policía decreta mi arresto y el embargo de mis papeles, lo que se verificó el 20 de octubre; pero mi declaración hizo patente mi inocencia. Sin embargo, y desde entonces se me miró como enviado de un país rebelde a España, cuyos intereses eran unos mismos con los de la Francia, estrechados los pactos de alianza y de familia”.

De todos modos, la policía aceptó las explicaciones del venezolano y el informe que veníamos citando atrás concluye: “Resulta del estado de la instrucción que este asunto no tiene importancia seria. El señor Palacio, quien vive con gran economía (habitaba, en pensión probablemente, 14, rue Caumartin) no parece disponer de medios suficientes para practicar alistamientos. Lo que hay de cierto es que el general Dufour agobiado de deudas y que no vive sino de estafas e intrigas, ha podido imaginar que podía sacar al señor Palacio o a otros sumas más o menos considerables; y que, en todo caso, no le habrá desagradado poner en evidencia y hacer sonar bien alto sus ligazones con el señor Palacio para darse importancia ante ciertos individuos, hacer nuevas víctimas y alentar a sus numerosos acreedores a tener paciencia, haciéndoles creer que su situación iba a cambiar y que estaba destinado a gran fortuna. En consecuencia, piénsase que este asunto, en cuanto concierne

a los presuntos alistamientos hechos o proyectados para el extranjero, no debe dar ninguna especie de inquietud, y que no hay lugar a continuar las búsquedas ya practicadas”.

Sin embargo, la policía propuso sanciones: que se confinara al general Dufour a La Fère, lugar de su nacimiento; y que una pena igual se aplicase a Acker, su “edecán”. En cuanto a Palacio Fajardo: “Está bien probado por la correspondencia secuestrada en su casa y que se acompaña, así como por su propia confesión, que fué acreditado ante el último gobierno de Francia por los españoles insurgentes de América, para tratar de obtener socorros de aquél y que su misión es conocida de gran número de personas en París. Aunque no parece que hasta ahora haya hecho alguna diligencia para ensayar sacar ventaja ante el gobierno actual, puede creerse que no le ha disgustado cultivar la idea de poder, algún día, disponer de medios para procurar servicio en América a militares franceses, y que por ello que ha estado en relación con el general Dufour. Se puede aún pensar razonablemente que el viaje que hizo últimamente a Londres, de donde volvió con un pasaporte del encargado de Negocios de Francia, expedido a su nombre pero con calidad de caballero inglés, tuvo por objeto concertarse a ese respecto con el enviado que los insurgentes españoles de América tienen ante el gobierno inglés. Pero como las búsquedas hechas no han probado ninguna diligencia activa de su parte para alistar militares en servicio de su patria, no se ve razón alguna para someterle a los tribunales. Sin embargo, como el objeto conocido de su viaje y de su permanencia en París parece interesar las relaciones políticas de Francia con España, el gobierno juzgará si conviene permitir que el señor Palacio continúe residiendo en Francia. En espera de una decisión al respecto, continuará arrestado en el depósito de la policía, así como los señores Dufour y Acker”.

El director general de la Policía, acogió la opinión de sus servicios y propuso al Rey las sanciones del caso, diciendo sobre Palacio Fajardo que éste, “advirtiéndolo

todo lo que este grande acontecimiento (la Restauración) introducía como mutaciones en las relaciones del mundo entero”, había cesado de hacer diligencias en el primer sentido de su misión. “Sin embargo, es cierto que ha tenido después entrevistas bastante frecuentes con Dufour y Acker, que recibió del primero una nota explicativa de sus pretensiones y que la envió a Londres al señor Zalathca, otro enviado americano. Palacio hizo además un viaje a Londres y regresó con un pasaporte de caballero inglés, lo que da carácter clandestino a sus actos. Puédese en consecuencia presumir razonablemente, a pesar de sus negaciones, que durante algún tiempo alimentó las esperanzas de Dufour y de Acker, aun cuando no haya estado nunca en situación de realizarlas, vista la nulidad de los medios puestos a su disposición por sus compatriotas”. Y el director concluye: “Respecto de Palacio, la naturaleza de las relaciones que buscó establecer con el último gobierno de Francia, el espíritu de intriga que parece haber mezclado después y, en fin, el carácter reprehensible que debe tener su misión a los ojos de una potencia aliada de España, me parecen consideraciones suficientes para que no se tolere más tiempo su permanencia en el reino”.

Por todo lo cual Luis XVIII decidió, por decreto firmado de su mano en las Tullerías, el 27 de octubre:

“Visto el informe que se Nos ha dado de las tentativas secretas de los “señores” Dufour Saint-Charles y Acker de ir a juntarse a los insurgentes de la América Española y de arrastrar consigo a otros militares franceses, así como de la participación que ha tenido en dichas maniobras el “señor” Palacio, enviado precedentemente a París por los insurgentes de la América meridional;

“Queriendo impedir las consecuencias de semejantes intrigas y, sin embargo, tratar con indulgencia a sus autores o sus cómplices,

“Hemos decidido lo que sigue:

“El “señor” Dufour Saint-Charles deberá dejar a París y retirarse a La Fère, lugar de su nacimiento, don-

de permanecerá bajo la vigilancia de las autoridades.

“El “señor” Acker deberá igualmente dejar la capital y el director general de la Policía le señalará residencia en una ciudad, capital de departamento.

“El “señor” Palacio deberá salir de nuestro Reino, dentro del término de diez días. A este efecto se le darán los pasaportes convenientes”.

El informe del expulsado al gobierno de Cartagena dirá: “Mandándoseme salir del territorio francés dentro de diez días y haciéndoseme saber que mis credenciales y demás papeles serían transmitidos a Madrid”.

XIII

El Misterio de Dufour

Se ha visto que los papeles de la policía que citamos y el mismo Palacio Fajardo en su informe final se refieren clara y repetidamente a Dufour Saint-Charles y le titulan general. Sin embargo, hemos solicitado inútilmente huellas de este personaje a través de los archivos franceses. No parece que haya existido nunca un general de tal nombre, nacido en La Fère. Por consejo de nuestro ilustre amigo y maestro el profesor Marcel Dunan, nos referimos al diccionario biográfico de Six, en el cual se hallan tres generales Dufour, ninguno con la adición Saint-Charles en su nombre. El señor Dunan cree verosímil que se trate del general Georges-Joseph, nacido en 1758, y quien, después de haber sido en 1811 gobernador de Sevilla y de Granada, fué apartado por sus opiniones republicanas y retirado en 1812. Volvió a la actividad durante los Cien Días como comandante de la guardia nacional del departamento de la Gironda; estuvo en prisión bajo la nueva Restauración, de enero a septiembre de 1816; murió en Burdeos, definitivamente retirado, en 1820. La hipótesis de que haya sido este general el "cómplice" de Palacio Fajardo merece examen. Nuestro colega en la Academia Napoleón, comandante Louis Garros, eminente especialista de la historia militar de la Revolución y del Imperio, tuvo a bien examinar cerca de doscientos expedientes que con el nombre de Dufour hay en los Archivos de la Guerra, así como los del Servicio Histórico del Ejército: "No ha existido ja-

más un general Dufour Saint-Charles”, concluye el comandante, quien, por otra parte, nos incita a buscar si el individuo que estuvo en relaciones con Palacio Fajardo pudo ser cierto Claude-Denis Saint-Charles, llamado también Fantin Saint-Charles, antiguo teniente de los guardias del conde Provenza, futuro Luis XVIII. Fantin sirvió durante la Revolución algunos empleos de carácter militar, entre otros el de ayudante-general honorario jefe de batallón; y cumplió también una misión en España relativa a la remonta. A pesar de sus pedidos, nunca se le llamó de nuevo al servicio activo, y sólo se sabe que el gobierno de la Restauración le confió un encargo en 1815. Parece haber sido un perfecto aventurero a sueldo del ministerio de Relaciones Exteriores. Por consejo de Garros practicamos una investigación en los expedientes de policía de los Archivos Nacionales, con resultado negativo sobre la posibilidad de establecer alguna relación entre Fantin y Palacio Fajardo. Los papeles concernientes a dicho individuo datan unos de 1794 y 5, otros de 1803. Un informe de agosto de este último año revela que “un particular de alrededor de cincuenta y un años, que actualmente se hace llamar Saint-Charles, toma calidad de ayudante-general, comandante, y por ese medio entra familiarmente en las oficinas ministeriales, casa del cónsul Cambacères, donde va con frecuencia y es introducido sin la más ligera observación ni espera; se le tiene igualmente por bienvenido casa del consejero de Estado Portalis y se vanagloria de los reproches que le hace este consejero cuando deja mucho tiempo de visitarle. Dicho Saint-Charles está estrechamente ligado, “*à tu et à toi*”, con los senadores Kellermann y Roger Ducos...” Otro informe dirigido por el prefecto de policía al Gran Juez Ministro de la Justicia, comprueba que el nombrado Saint-Charles “dice haber sido General y haber suministrado caballos a los ejércitos, en lo cual no parece haberse enriquecido, y que espera un puesto, teniendo, agrega, la protección del segundo cónsul (Cambacères), con quien pretende fué educado”. Todo esto y lo que sigue, es como se ve curioso e interesante pero, por desgracia, no

da luz sobre el problema concreto planteado diez años después por las maniobras en que se enredó Palacio Fajardo.

Otro especialista, el señor Jacques Arnna, respondió a la consulta que le hizo uno de nuestros amigos para quien los papeles de aquellas épocas guardan pocos secretos que, en su opinión, Dufour no era tal general "puesto que no figura en la lista de *todos* los oficiales generales establecida por el ministerio de la Guerra". En el índice de "nombres vecinos" que el señor Arnna se dió el trabajo de levantar se encuentra cierto general de brigada Nicolás Maurice llamado *Du Fort*, caballero de *Saint-Chauvaud*, cuya pista sería tal vez interesante seguir.

Queda abierto el campo de las suposiciones a quienes deseen y puedan estudiar más a fondo este asunto. En cuanto a nosotros, tócanos advertir que si bien fué acaso posible que el extranjero Palacio Fajardo hubiera sido engañado por un aventurero con nombre postizo, es increíble que las autoridades de policía lo fuesen hasta el punto de no poder identificar al individuo en cuestión y de proponer al Rey el castigo de un seudónimo abusivo.

Sería por otra parte interesante comprobar si entre las ocupaciones de Zea en París, en aquel momento, figuraba la de reclutar para América. Que conociera a aventureros como Dufour y se ligara con ellos no era extraño sino, al contrario, muy conforme al carácter de aquel prócer tan ilustre como enredador. No hay aquí tiempo para tal estudio.

Agreguemos que no hallamos otro rastro del comparsa Acker.

XIV

Las Influencias Favorables

Sea lo que fuere, no terminaron allí las cosas en lo concerniente a Palacio Fajardo, pues el decreto real quedó sin cumplimiento en virtud de ciertas influencias que en su favor se ejercieron. ¿Influencias de quién? Ya nos lo dirá él mismo.

El 16 de enero de 1815, el marqués de Jaucourt escribió al barón d'André, nuevo director general de la Policía, lo que sigue: "Vuestro predecesor tuvo a bien enviarme el 4 de noviembre los poderes e instrucciones de que era portador el señor Palacio, arrestado recientemente en París como instigador de enganche y enviado por los insurgentes de la América española ante el gobierno de Bonaparte. El señor Palacio había en efecto recibido de los insurgentes de Cartagena, de Santa Fe y de Venezuela la misión de ir a los Estados Unidos y en seguida a Francia para solicitar socorros. Bonaparte había publicado precedentemente que favorecería la independencia de las colonias españolas: la noticia de estas disposiciones se divulgó y los hombres que estaban a la cabeza del partido de la independencia creyeron poder enviar confiadamente un agente ante el gobierno francés. Esas circunstancias que determinaron la misión del señor Palacio, no permitirían que ésta se le imputase como crimen personal. A menos que no haya juntado otras circunstancias que yo ignore y que tendrían a inculparle *particularmente después del 31 de marzo último* (fecha del cambio de régimen en Fran-

cia). Las tentativas que él haya podido hacer anteriormente para que se socorriese a sus compatriotas parecían depender de la misión que se le había dado ante Bonaparte, misión conocida del ministerio y que no fué desaprobada; pero las tentativas que hubiese hecho *después, no tienen el mismo motivo de excusa*, puesto que lo habrían sido sin que estuviese acreditado ante el gobierno de Su Majestad. Creo deber, Señor, daros estas informaciones e insistir en la diferencia de épocas, a fin de que podáis verificar si el señor Palacio ha sido arrestado por hechos anteriores o más recientes y hasta qué punto las circunstancias pueden ser atenuantes o agravantes. En el primer caso, creeréis tal vez que no hay lugar de prolongar su arresto; mas que sería entonces necesario asegurarse de su tranquilidad en Francia, si asuntos personales le retuvieren todavía aquí. Hasta ahora no he recibido del gobierno español ninguna nota por la que se reclame su arresto y extradición. Servios darme a conocer la decisión que hayáis creído deber tomar a su respecto y aceptar la seguridad de mi alta consideración”.

Cuatro días después el barón d'André respondió: “Deseáis saber si el arresto del señor Palacio, enviado de los insurgentes españoles ante el gobierno de Bonaparte se fundó en hechos anteriores a la época del 31 de marzo de 1814, o en tentativas de enganche posteriores a la Restauración. Tengo a honra dirigir a V.E. un extracto de la encuesta administrativa efectuada en el mes de octubre último, acerca de una llamada conspiración del ex-general Dufour Saint-Charles que tenía por objeto alistar muchos oficiales franceses para la América española. V. E. verá allí que el señor Palacio no ha sido extraño a estas maniobras clandestinas, que alimentó las esperanzas del ex-general Dufour, y aún que bastante recientemente hizo un viaje a Londres relacionado con el plan de emigración que este intrigante había formado. Fué únicamente por esas circunstancias, todas posteriores a la Restauración, que Su Majestad se decidió ordenar el 27 de octubre último que se obligara al señor Palacio a salir del reino. Esta disposición, sin



LOUIS XVIII ROI DE FRANCE ET DE NAVARRE.

C. de la Harpe del. et sculp.

embargo, no ha sido enteramente ejecutada puesto que el señor Palacio está todavía detenido en París. Sería posible que Su Majestad quisiera dulcificar el rigor de esta especie de expulsión y aun devolver su libertad al señor Palacio, con derecho a residir en el reino, si V. E. se dignase tomar bajo su garantía y protección a este diplomático americano, que ha tenido antiguas relaciones con su ministerio y que por lo demás es recomendable, según se me asegura, por sus cualidades personales. Me agrada cooperar con V. E. en los pasos que creará conveniente dar ante el Rey en favor del señor Palacio, persuadido de que V. E. apreciará mejor de lo que pueda hacerlo yo mismo ciertas consideraciones políticas que deben necesariamente influir en el partido que se tome respecto de este extranjero”.

Se ha, pues, modificado, “dulgificado” la actitud de las autoridades reales hacia el venezolano, y ello se debe a la intervención de un grupo de personajes notorios conocedores de los países y de los hombres hispano-americanos y amigos de la causa de nuestra independencia: “No puedo pasar aquí en silencio—dice el informe de Palacio Fajardo—el empeño que por amor a la independencia de América manifestaron para terminar mi arresto los mejores amigos de ella, *Messieurs* Humboldt, Bonpland y Dupont de Nemours; ni tampoco el que por valimiento del primero obtuve del ministro de la Policía, Mr. de Begneau, la relajación de la orden expresada; y por el de Mr. La Garde un pasaporte honroso para salir de Francia a mi arbitrio. Entretanto, Mr. Dupont de Nemours conseguía del Ministro de Relaciones Exteriores que mis papeles no pasasen al poder de la Corte de España, y que se me devolviesen, a excepción de las credenciales, instrucciones, copias de las notas pasadas al gobierno de los Estados Unidos, al Ministro francés en Washington, al Emperador Napoleón; y las respuestas originales de Mr. Monroe y de Mr. Sérurier”.

Los nombres que indica Palacio Fajardo nos instruyen con elocuencia sobre el medio en que se había situado durante sus gestiones diplomáticas. He allí a

Dupont de Nemours, el viejo economista fisiócrata, antiguo constitucional, reciente secretario del gobierno provisional, poco amigo de Napoleón, desde la lejana época en que escribiera al director Reubell que era imprudente confiar el ejército de Italia a dos corsos: Bonaparte y Salicetti. Nadie ha podido nunca contar con los corsos, decía Dupont; su naturaleza es móvil y, siendo pobres, sólo buscan hacer fortuna. En resumen: no hay que darles mando aunque tengan mérito. "Mr. La Garde" era Chauveau-Lagarde, el ilustre abogado defensor de Miranda, Carlota Corday y María Antonieta ante el tribunal revolucionario y quien, por sus estrechas relaciones con el Precursor, contaba en París como una de las personalidades pro-americanas de mayor relieve. En cuanto a "Mr. de Begneau", se trataba del conde de Beugnot, antiguo prefecto imperial, ahora director, no ministro, de la policía de Luis XVIII.

Especial mención merecen aquí entre los personajes citados por Palacio Fajardo el barón de Humboldt, que trabajaba en París en su vasta obra sobre la América equinoccial; y Bonpland, antiguo compañero del viajero alemán y quien se embarcaba de nuevo al año siguiente, rumbo a Buenos Aires y a su extravagante aventura paraguaya. Humboldt se ocupaba mucho en cuestiones hispano-americanas, pero a juzgar por la memoria que el duque de San Carlos, embajador de España en Londres, envió a su gobierno en diciembre de 1817, el sabio obraba, en política, más como enemigo de Inglaterra que como amigo de los americanos. "Es bien sabido—escribía entonces al embajador, transmitiendo al parecer ideas de Humboldt—que la Inglaterra ha seguido constantemente el sistema de ensanchar sus dominios en el Nuevo Mundo; y no ha dejado de hacer tentativas, valida de su marina poderosa, para emancipar las colonias españolas de la Madre Patria". Para Humboldt, traducido por San Carlos, la "mediación" inglesa había sido solamente un modo de obrar impuesto por las circunstancias generales. España debía "pacificar" por su cuenta las colonias otorgando a los americanos una amnistía completa, las libertades civiles y las franquicias de industria y comercio "que sean com-

patibles con la seguridad de aquellos dominios". Es decir que el alemán no estaba por la independencia de las provincias americanas, sino por su reintegración en la monarquía española. Temía que con la independencia nuestros países se dividieran en repúblicas "desunidas" y entregadas a disturbios, por ruptura de aquel famoso equilibrio entre las castas que él creía ser una de las mayores pruebas de la sabiduría con que los españoles habían mantenido la paz en América.

Puede decirse que dependió sólo de Palacio Fajardo obtener que se le permitiese residir en París. Pero sin duda estimó que nada útil podía hacer allí en cumplimiento de su misión, vista la política forzosamente adversa a los insurgentes hispano-americanos que iba a seguir el gobierno de la Restauración. En consecuencia, marchóse a Londres, donde esperaba poder continuar sus diligencias. Por ello escribe: "Me decidí desde luego a abandonar un país cuyo soberano, aunque en contradicción con la nación entera, se declaraba tan abiertamente enemigo de mi patria".

XV

Regreso a Venezuela

El juicio que se formaba Palacio Fajardo en los primeros meses de 1815 sobre la política de las potencias europeas, grandes y chicas, respecto a la América Española, se resume en las siguientes frases de su informe: “La Francia, pues, bajo el pie actual de las cosas, no tomará parte favorable en la causa de la Nueva Granada. Acaso podría añadirse que las potencias de primer orden seguirían los mismos principios. Luis XVIII hace jurar a los franceses que se embarcan para las Antillas, que no pasarán a las colonias españolas. La Inglaterra mira la Tierra Firme (Venezuela) como un país cuyos destinos puede influir en todos tiempos del modo que le convenga. La Rusia, la Alemania (Austria) y la Prusia se ocupan en su engrandecimiento en Europa, y el Congreso de Viena está al disolverse de una manera desagradable. Parece que solamente la Suecia, Dinamarca y Nápoles (el Nápoles de Murat) podrían favorecer la causa de la América”.

La vuelta de la isla de Elba impidió la disolución del Congreso de Viena anunciada por Palacio Fajardo y reformó la alianza de los soberanos. Pero no estará en París el comisionado de Cartagena durante los Cien Días, para reanudar gestiones ante Napoleón, sentado de nuevo y provisionalmente en su trono.

Waterloo y Santa Helena. Napoleón va a vivir físicamente todavía durante algunos años, pero no existe ya para la Europa política. Chateaubriand ha recordado su

apellido italiano: Buonaparte. Y al saberse su muerte en París, Talleyrand dirá: "No es un acontecimiento, es una noticia".

Palacio Fajardo completó o revisó sus ideas sobre la posición de las naciones europeas respecto a la independencia de las hispano-americanas, en el libro que hemos mencionado, en el cual, a pesar del riesgo que ello ofrecía, no ocultó sus conversaciones con el gobierno imperial. Su esperanza, sin embargo, no puede ya apoyarse sino en Inglaterra, plantada frente a la Santa Alianza. El venezolano proclama una vez más la decisión de sus compatriotas de combatir hasta el triunfo final, aunque indica al propio tiempo las enormes dificultades con que tropiezan: "La América española—dice—no tiene aliados que la sostengan en la presente lucha; pero los partidos de la independencia han aumentado considerablemente durante los últimos siete años. Cualquiera que pueda ser la opinión de Europa acerca de las fuerzas militares de España, es indudable que, ayudados como están por la religión y la forma del gobierno establecida hace tan largo tiempo en América, los españoles son enemigos terribles". Admirable de precisión y exactitud es, por lo demás, la opinión que sobre nuestros hermanos peninsulares enuncia Palacio Fajardo: "La perseverancia es incontestablemente el rasgo distintivo del carácter español: nacido y educado bajo un clima dulce, el español está dotado de indomable altivez; obra con lentitud pero, cuando se decide, su firmeza vence la indolencia: puede algunas veces ceder a la persuasión, jamás a la fuerza. Que se les aborrezca en América, que su hacienda se agote, que perezcan sus flotas, poco importa todo a los españoles siempre que dominen en las regiones que ocupan, siempre que puedan volver al yugo este inmenso continente. Cualesquiera que sean los reveses que sufra, el gobierno español no se determinará quizá nunca a reconocer la independencia de esas antiguas colonias, y probablemente enviará todavía durante largo tiempo nuevas expediciones a América con la esperanza de retraerla a la dominación de que realmente se ha librado".

A la tenacidad de los españoles de Europa se opondrá, hasta triunfar de ella, la tenacidad de los españoles de América. Y de ésta nos da buen ejemplo el propio Palacio Fajardo, quien va a tomar en Londres, hasta mediados de 1818, parte activa en el acopio y expedición de elementos de guerra para los patriotas venezolanos, y se embarca por fin en persona y en un bergantín inglés, con un cargamento considerable de aquéllos. El Libertador, que se había reconciliado recientemente con Mariño y disponía la cooperación de éste con Bermúdez para atacar la plaza de Cumaná, escribió al último, con fecha 22 de setiembre: "Ayer he recibido cartas de Londres que me anuncian haber salido el ciudadano Palacio para estas provincias con un buque de guerra y el valor de 34.000 libras esterlinas en objetos de guerra; y las gacetas de aquella capital dicen que el 25 de junio salió el general Renovales con una expedición para el mismo destino, haciendo un elogio de este generoso y liberal español que viene a ayudarnos en la lucha contra el tirano que oprime su patria. En consecuencia, he prevenido al general Monagas que marche sobre la capital de Barcelona, sin dejar enemigos por su espalda, y con esta fecha al general Mariño que se acerque, todo lo posible, a la plaza de Cumaná para aprovechar los momentos y las circunstancias". Palacio desembarcó su cargamento en Margarita, según vemos por la siguiente orden, que Bolívar dió a Arismendi el 4 de noviembre: "De los fusiles y pólvora que ha conducido a esa isla el bergantín *Imogen* en que vino el señor Palacio, remitirá a V.E. a esta ciudad (Maturín), en una embarcación, 500 fusiles, 30.000 cartuchos de fusil y 8.000 piedras de chispa. Lo mismo prevengo a S. E. el Almirante (Brion) con esta fecha".

El Libertador había ido de Angostura a Maturín con el propósito de mandar en persona las fuerzas combinadas de Mariño y de Bermúdez para el ataque de Cumaná. Su plan fracasó, desde luego y en primer lugar por la derrota completa de Bermúdez en Río Caribe, a mediados de octubre, y en seguida a causa de la muy severa sufrida en Cariaco, el 31 del mismo mes,

por la vanguardia de Mariño al mando del coronel Montes. Bolívar cambió sus disposiciones y envió a su ayudante el teniente coronel Francisco Avendaño a Güiría y Margarita, con la correspondencia aquí mencionada para Brión y Arismendi.

Mientras tanto, Palacio Fajardo se había detenido en Trinidad, donde entró, naturalmente, en relaciones con don Guillermo White que, como se sabe, ejercía allí, para 1818, funciones de agente de ligazón entre el Libertador y sus representantes en Inglaterra y los Estados Unidos. Ramón Azpúrua, en su nota biográfica de Palacio copia frases de una carta dirigida por White a Peñalver y en la cual el inglés cita alguna de Bolívar que, por desgracia, parece perdida sin remedio. Habría sido interesante ver confirmada por un texto directo la opinión muy honrosa y favorable que de Palacio tenía el Libertador. He aquí lo que escribe White: "Manuel Palacio se les incorporará pronto y nos ayudará mucho en esa (Angostura) para donde va, como ha ayudado la causa en el extranjero. Ha influido en éste para irse pronto, el párrafo que para él puso el Libertador en su última carta para mí, que le transmití. Es admirable el efecto que ha hecho en Palacio ese párrafo: ¡qué patriota es éste y qué poder tiene el tal Don Simón! A ustedes les gustará mucho el ingreso de Palacio a Guayana. Le ha aprovechado considerablemente el viaje a Europa. Se ha ilustrado más de lo que estaba. Su predilección por la medicina ha servido bastante a la humanidad por doquiera que ha pasado, porque la ha ejercido gratis, puntual y con fortuna. Ha tratado con los principales literatos, con afamados hombres de ciencia, y se ha sabido utilizar del saber de ellos, que le han honrado con su aprecio. Por último, le digo a usted, señor Don Fernando, a usted que es tan patriota, tan buen partidario de Don Simón, tan respetable entre ese grupo de buenos patriotas; les digo que deben aprovechar las aptitudes, los talentos y el fervor republicano de Manuel Palacio. Le escribo lo mismo al Libertador". Tampoco hemos leído esta última carta de White.

Palacio Fajardo fué miembro del Congreso en An-

gostura como diputado por la provincia de Barinas; y primer ministro de Hacienda de la reconstituida República. Fué uno de los más notables y útiles consejeros de Bolívar, y la tradición quiere que éste haya sometido a su docto examen los borradores del famoso discurso de Angostura. Murió a los treinta y cinco años de edad, el 8 de marzo de 1819, tal vez de una fiebre perniciosa agravada por su dolencia del corazón.

París: enero de 1953.

INDICE

PALABRA DE INTRODUCCION	7
I. La doble misión	9
II. El mandato de Cartagena	15
III. Los Estados Unidos se abstienen	19
IV. Llegada a Francia	23
V. La política imperial con Hispano-América	29
VI. Conversaciones con Bassano	39
VII. El resultado	49
VIII. El Papa, los soberanos aliados	53
IX. Las preocupaciones de Inglaterra	59
X. La intriga del enganche	61
XI. Sarratea	55
XII. El decreto de expulsión	69
XIII. El misterio de Dufour	75
XIV. Las influencias favorables	79
XV. Regreso a Venezuela	85

